



La Inocente Madre Rusia

Las fuentes y postulados del ideario nacionalista de Putin

Gerardo Entrecañales Carrión

5º E5 RRII

Ideas Políticas y Relaciones Internacionales

Madrid

Junio, 2026

ANEXO: Declaración de uso de herramientas de IA generativa

Nombre Grado/Máster:	E5 RRII
Nombre Alumno:	Gerardo Entrecanales Carrión
Coordinador/a TFG/TFM:	Marta Paradés Martín
Nombre Director/a de TFG/TFGM:	Christian Jörg Backenköhler Casajús

Declaro que para la elaboración del presente Trabajo Fin de Grado / Trabajo Fin de Máster se ha utilizado inteligencia artificial generativa como herramienta de apoyo.	SÍ	NO
	X	

1) Uso de la IA Generativo

Si tu respuesta ha sido **SÍ**, contesta a las siguientes preguntas. Si has contestado **NO**, pasa al apartado 2.

Uso ético

	SÍ	NO
¿A la hora de usar la herramienta IA, en los <i>prompts</i> utilizados has incluido datos de carácter sensible o de carácter personal (fotos de personas reales, datos personales, etc.)? <i>Si tu respuesta es afirmativa especifica cuáles.</i>		X
¿Has orientado tu uso a suplantar tu trabajo personal sin hacer una revisión crítica de la extraído en la herramienta IA? <i>Si tu respuesta es afirmativa especifica cuáles.</i>		X
¿Has tenido en cuenta las recomendaciones académicas que te han hecho específicamente en el Grado/Máster sobre lo que está permitido o no con la IA?	X	

Uso técnico realizado:

¿Qué herramientas has utilizado (ChatGPT, Copilot, Claude, Nano Banana....)? Especifica la versión o tipo de licencia.

Chat GPT 4

Gemini GPT-5

Notebook LM

Marcar lo que corresponda:

- ☒ Generación de texto (*Especificar qué herramientas*) → Gemini GPT-5/Chat GPT 4
- ☒ Reformulación (*Especificar qué herramientas*) → Gemini GPT-5/Notebook LM
- ☒ Traducción / corrección (*Especificar qué herramientas*) → Notebook LM
- ☒ Sugerencia de estructura (*Especificar qué herramientas*) → Gemini GPT-5
- ☒ Apoyo metodológico (*Especificar qué herramientas*) → Gemini GPT-5/Notebook LM
- ☒ Buscar o citar bibliografía (*Especificar qué herramientas*) → Chat GPT 4/Gemini GPT-5/Notebook LM
- ☐ Generar contenido audiovisual (videos, infografías, audios, imágenes, gráficos. *Especifica en concreto qué contenidos has generado con IA además de citarlo correctamente en el trabajo.*)
- ☐ Otros (*Especificar qué herramientas*) →

Confirmando que el contenido final ha sido revisado, corregido y validado íntegramente por mí como autor/a y asumo la plena responsabilidad académica del mismo.

La utilización de la IA no ha sustituido el análisis crítico, la reflexión personal ni el trabajo intelectual propio exigido en un TFG/TFM.

Firma:

X *Gerardo Entrecanales*

Gerardo Entrecanales Carrión

ÍNDICE:

- 1. Introducción: mafia e ideología**
- 2. Contexto histórico: la mayor catástrofe del Siglo XX**
 - 2.1. La caída del muro y el fin de la Guerra Fría**
 - 2.2. El colapso de la URSS**
 - 2.3. La Rusia de los 90: terapia de choque y crisis económica**
 - 2.4. El “fin de la historia” desde la perspectiva rusa**
 - 2.5. En busca de una idea nacional**
- 3. Iván Ilyin: La inocente madre Rusia**
 - 3.1. Influencia de Iván Ilyin en el régimen de Putin**
 - 3.2. Quién es Iván Ilyin**
 - 3.3. Ideas centrales: el fascismo cristiano**
 - 3.4. La inocencia rusa**
 - 3.5. Ilyin y la glorificación del pasado soviético**
- 4. El eurasianismo y la civilización rusa**
 - 4.1. El origen del eurasianismo**
 - 4.2. Lev Gumilev y la teoría de la etnogénesis**
 - 4.3. La civilización rusa**
 - 4.4. Eurasia frente a occidente**
 - 4.5. Influencia del eurasianismo en el discurso político ruso**
- 5. Carl Schmitt y la lógica geopolítica del Kremlin**
 - 5.1. El concepto de lo político: amigo y enemigo**
 - 5.2. Schmitt y el realismo geopolítico**

- 5.3. Grandes espacios y esferas de influencia**
- 5.4. Schmitt en la interpretación rusa del orden internacional**
- 5.5. La guerra como instrumento legítimo**

6. Ideología y política exterior

- 6.1. El concepto del Russkiy Mir**
- 6.2. Nacionalismo y legitimidad interna del régimen**
- 6.3. Chechenia: el restablecimiento del Estado**
- 6.4. Georgia: el retorno de la política de poder**
- 6.5. Ucrania: imperio, identidad y guerra**

7. El putinismo y la sociedad rusa

- 7.1. Nacionalismo y memoria histórica**
- 7.2. El papel de la Iglesia ortodoxa**
- 7.3. Educación, propaganda y construcción del relato nacional**
- 7.4. La percepción del régimen entre la población**

8. Conclusiones

APARTADO METODOLÓGICO

La finalidad de este trabajo es realizar un análisis de la ideología que mueve las acciones del gobierno ruso desde que Vladimir Putin tomó las riendas del país en el año 2000 hasta ahora. El estudio de la figura de Putin y de sus gobiernos en el contexto actual se encuentra más demonizada que nunca desde que las tropas rusas cruzaron la frontera de Ucrania en febrero del 2022. Es por eso que conviene ver más allá de la mera condena de la cleptocracia instaurada por Putin y de su expansionismo sin precedentes y preguntar cuál es la ideología que mueve su política exterior, y en menor detalle, su política interior. Esto es algo que puede ser confuso, por ejemplo, dada la exaltación que este ha hecho de la URSS y del pasado Soviético en numerosas ocasiones, describiendo el colapso de la URSS como “la mayor catástrofe geopolítica del Siglo XX”, a la vez que en otras ha renegado claramente de la ideología Marxista.

Es por esta confusión y la frecuente falta de entendimiento claro de éste que se da en occidente de la perspectiva rusa que considero importante realizar un análisis y etiquetar las ideas que mueven a una figura tan titánica de nuestro Siglo como lo es Vladimir Putin, analizando las fuentes ideológicas de las que bebe el pensamiento dominante en la Rusia actual y cómo este ideario justifica, desde su perspectiva, las acciones que hemos visto por parte de Rusia en Chechenia, Georgia y Ucrania desde que Putin tomó la presidencia por primera vez.

Es en este contexto en el que entramos en una nueva Guerra Fría, en el que la guerra ha vuelto a Europa, algo que hace tan solo tres años parecía impensable, que conviene entender mejor al hombre que ha desafiado tan abierta y violentamente el statu-quo post-soviético y las ideas filosóficas que informan la manera en la que él y su gobierno actúan, más allá de realizar un mero señalamiento de sus prácticas criminales y mafiosas, de su gradual erosión de la breve democracia rusa y de su expansionismo neo-imperialista, desde el realismo Schmittiano a las ideas nacionalistas del filósofo ruso Iván Ilyin, al que se ha subordinado el ideario marxista de la URSS y que Putin ha mencionado en sus discursos como un gran patriota.

Para llevar a cabo esta investigación, se aplicará una metodología cualitativa basada en la reconstrucción conceptual y el análisis del discurso político. A través del estudio sistemático de las fuentes primarias de pensadores como Ilyin, Gumilev y Schmitt, se

rastrearán sus conceptos fundamentales para poder establecerlos, entenderlos y contrastarlos posteriormente con los discursos oficiales, documentos estratégicos, análisis historiográficos y políticos de expertos y decisiones de política exterior del Kremlin. Este enfoque es el más pertinente para responder a las preguntas de investigación, ya que permite desentrañar cómo el régimen ruso instrumentaliza ideas filosóficas abstractas para construir su legitimidad interna y justificar su proyección de poder a nivel internacional.

El material bibliográfico primario que será objeto de este análisis son, entre otros, obras de Ivan Ilyin, principalmente *Resistencia al Mal por la Fuerza* (1925), *Lucha por la Rusia Nacional* (1938) o *Sobre la Rusia del Futuro* (1948), sumado a la obra de uno de los pensadores más notables del Eurasianismo, Lev Gumilev, *Etnogénesis y la Biosfera de la Tierra* (1990) y de Carl Schmitt, concretamente, *El Concepto de lo Político* (1932), *La Crisis de la Democracia Parlamentaria* (1923), *La Teoría del Partisano* (1963) o *Tierra y Mar* (1942).

Asimismo, utilizaré como fuentes para dicho análisis otras obras y artículos, tanto periodísticos como académicos, que analicen de forma cercana la historia reciente de Rusia, así como la naturaleza del régimen de Putin, como *Not One Inch* de M. E. Sarotte (2021) o *Cómo Matar un Dragón* de Mikhail Khordokovsky (2023). Secundariamente, utilizaré otros materiales que me ayuden a informar y estructurar este trabajo, entre otros autores, obras, ensayos o artículos (de prensa y académicos) que me sirvan para apoyar mis argumentos.

CAPÍTULO 1

INTRODUCCIÓN: MAFIA E IDEOLOGÍA

La pregunta de cuál es la ideología de la Rusia de Vladimir Putin puede llegar a ser algo confusa o difícil de responder de manera clara y concisa. El ideario e imaginario del régimen de Vladimir Putin puede parecer a priori contradictorio. Por un lado, tenemos la glorificación de símbolos soviéticos, como la hoz y el martillo o la estrella roja. Los desfiles militares, el gobierno fuertemente personalista o el culto al papel de la URSS en la Gran Guerra Patriótica (la Segunda Guerra Mundial) pueden dar a entender que ciertos elementos del ideario putinista sean de extrema izquierda o de corte marxista. Por otro lado, el régimen es fuertemente conservador en lo social, nacionalista, ha forjado una alianza férrea con la Iglesia ortodoxa y enaltece también el pasado de la Rusia zarista. Representativo de esto es que, si visitamos el Kremlin, nos encontremos junto a la bandera de la Federación Rusa la bandera zarista y la soviética, cuando estos tres regímenes no pueden ser más distantes unos de otros en lo ideológico. Otra parte que nos puede descolocar es que en el extranjero el régimen ha sido defendido e incluso enaltecido tanto por elementos de extrema izquierda como de extrema derecha.

Otros directamente descartan que haya ningún tipo de motivo ideológico detrás del régimen¹. Esta visión defiende que la clase política que ha tomado el poder en Rusia de la mano de Putin no tienen realmente ninguna ideología coherente, y no son más que un entramado criminal que ha establecido una forma de gobierno autoritario en Rusia. Si bien se entiende por qué existe esta visión y por qué se ha catalogado la forma de Estado actual de la Federación Rusa como una cleptocracia, en la que los oligarcas cercanos al régimen se han hecho con gran parte de la riqueza y recursos del país, esto no tiene por qué ser contradictorio con el hecho de que esa élite “mafiosa” tenga una ideología detrás en la que apoyarse, a veces de forma cínica, a veces por verdadera convicción. El crimen organizado no es inherentemente apolítico. De hecho, es, ha sido y desgraciadamente será un elemento a tener en cuenta en la política de los Estados, especialmente en Estados con altos niveles de corrupción, Estados fallidos o, por el contrario, Estados funcionales o con ciertos modelos autoritarios.

El uso de la violencia y la influencia del crimen organizado en la política es algo con lo que están muy familiarizados, por ejemplo, en Italia. En la Italia de Mussolini, grupos e individuos

¹ Para realizar este trabajo, contacté con una experta en la política exterior rusa y china y sus regímenes. Su primera reacción cuando le expliqué la idea del trabajo fue la siguiente: “¿Putin? ¡Pero si Putin no tiene ideología!”.

vinculados con la Mafia estaban muy presentes entre los Camisas Negras. De hecho, la ocupación de “gángster” callejero aparece a menudo en el currículum de dictadores y figuras prominentes en regímenes autoritarios, como Ceasescu o el mismo Stalin. En conclusión, no hay ninguna contradicción inherente entre una organización criminal y una organización con una motivación política autoritaria.

Con esto en mente, se ha hecho evidente a lo largo del tiempo transcurrido desde que Putin dio el paso definitivo de invadir Ucrania que el régimen y sus políticas tienen un claro motivo ideológico, por mucho que a lo largo de su gobierno se haya catalogado a Putin y a los suyos desde el exterior como cleptócratas, mafiosos o criminales. Y esa ideología tiene unos elementos identificables, basados en el nacionalismo, la exaltación, el revanchismo y la profunda humillación percibida por el pueblo ruso por parte de Occidente en los años posteriores a la caída de la URSS, que el propio Putin catalogó como “la mayor catástrofe geopolítica del Siglo XX” en un discurso a la Asamblea Federal rusa el 25 de abril de 2005. Por supuesto, existen muchos más elementos de estas ideas a tener en cuenta, pero casi todos ellos beben de una serie de filósofos, de los cuales varios de los más influyentes suelen pasar desapercibidos en Occidente.

Para guiar este análisis, la pregunta de investigación central que vertebra el presente Trabajo de Fin de Grado se formula de la siguiente manera: ¿Cuáles son las fuentes filosóficas e ideológicas que sustentan el régimen de Vladímir Putin, y cómo instrumentaliza el Kremlin estos conceptos para justificar su política exterior expansionista y consolidar su legitimidad interna?

A partir de esta interrogante, la hipótesis de partida sostiene que el gobierno de Vladímir Putin no opera únicamente bajo lógicas cleptocráticas o de puro pragmatismo criminal, sino que se sustenta en una matriz ideológica deliberada y ecléctica —que combina el fascismo cristiano de Ilyin, el eurasianismo de Gumilev y el realismo geopolítico de Schmitt—. Esta profunda plasticidad ideológica es instrumentalizada de forma pragmática por el régimen para asegurar el «consenso de estabilidad» interno y dotar de un revestimiento moral e histórico a su intervencionismo en el espacio postsoviético.

Para contrastar esta hipótesis, la investigación persigue los siguientes objetivos principales:

1. Identificar y reconstruir conceptualmente las principales fuentes filosóficas que conforman el ecosistema ideológico de lo que de aquí en adelante llamaré “putinismo”.
2. Examinar cómo estas corrientes teóricas se traducen en la práctica a través de conceptos como el “Russkiy Mir” (Mundo Ruso), justificando las acciones militares y coercitivas de Rusia en regiones clave como Chechenia, Georgia y Ucrania.

3. Evaluar la recepción y el impacto de esta narrativa en la sociedad rusa, analizando su papel en la reescritura de la memoria histórica, la alianza con la Iglesia ortodoxa y la limitación de la oposición democrática.

A continuación, trataremos el contexto histórico y las fuentes ideológicas que han influido en las ideas de Putin y su gobierno, y cómo estas ideas han permeado no solo en la política, sino en la sociedad rusa en su conjunto.

CAPÍTULO 2

CONTEXTO HISTÓRICO: LA MAYOR CATÁSTROFE DEL SIGLO XX

2.1 La caída del muro y el fin de la Guerra Fría

La caída del Muro de Berlín es probablemente el símbolo más potente que nos viene a la cabeza para representar el fin de la Guerra Fría y el derrumbe de la arquitectura bipolar que llevaba gobernando la política internacional desde 1945. En Occidente, el colapso del bloque socialista se vivió como el triunfo definitivo del capitalismo liberal sobre sus rivales ideológicos del Este. Es el sentir que plasmó Fukuyama en el 89 con el “Fin de la Historia”, que ve la democracia liberal como “el punto final de la evolución ideológica de la humanidad y la universalización de la democracia liberal occidental como la forma final de gobierno humano”. (Fukuyama, 1989).

Desde Moscú, sin embargo, la imagen es muy distinta. La Perestroika y el Glasnost de Gorbachov habían permitido las revoluciones que acabaron por derribar a los regímenes satélite del Pacto de Varsovia. Para la élite soviética reformista ese sacrificio se entendía como el precio a pagar por una nueva relación cooperativa y “de iguales” con Occidente. Pronto les quedó claro que Washington y sus aliados se percibían a sí mismos como los vencedores absolutos de la Guerra Fría, y a la URSS como una potencia derrotada, fragmentada y arruinada económicamente a la que de ahora en adelante se podía presionar prácticamente sin coste alguno (Sarotte, 2021, pp. 73-74)

Esa sensación de descenso imparable alimentará más tarde el discurso putinista, que describe lo vivido en los años 90 como una humillación y agravio histórico (Khodorkovsky, 2023, cap. 13, párr. 7). Esta percepción rusa choca con la visión de Washington y Bruselas respecto a estos años. Mientras que para Occidente la década de 1990 representó la “normalidad” democrática y la alineación de Moscú con los intereses geopolíticos occidentales, para Rusia la verdadera “normalidad” correspondía a las décadas de la Guerra Fría, cuando gozaban de un estatus incuestionable de gran potencia con una marcada influencia global (Laruelle, 2020, pp. 115-116).

Al perder ese estatus, el fin de la Guerra Fría no se vivió como una liberación, como en otros países del antiguo espacio comunista, sino como una imposición hegemónica, un colapso imperial y una derrota histórica (Sarotte, 2021, p. 8; Khodorkovsky, 2023, cap. 13, párr. 7).

2.2 El colapso de la URSS

El auténtico trauma llega cuando en el 91, tras el fallido golpe de Estado de agosto por parte de los sectores más conservadores del partido comunista, la autoridad de Gorbachov quedó fatalmente dañada. En diciembre de ese año, los líderes de Rusia, Ucrania y Bielorrusia firmaron los Acuerdos de Belazheva, que oficializaban la disolución de la URSS y la creación de la Comunidad de Estados Independientes (Sarotte, 2021, pp. 130-131). En cuestión de días, quince repúblicas anteriormente integradas en un Estado multinacional pasaron a ser países soberanos.

Para millones de ciudadanos, una vez más, especialmente en Rusia, aquello fue un desgarró identitario, una catástrofe sin precedentes para la nación. De repente, personas que se consideraban soviéticas (de etnia rusa en la mayoría de los casos) se vieron convertidas en minorías en nuevos Estados (Ucrania, Kazajistán, los estados bálticos, etc.) (Sarotte, 2021, pp. 131-132 y nota 157). A este suceso se refiere Putin en 2005 afirmando en su discurso a la Asamblea Federal que “el colapso de la Unión Soviética fue la mayor catástrofe geopolítica del siglo XX” y que, para el pueblo ruso, supuso “un verdadero drama” ya que “decenas de millones de nuestros compatriotas se encontraron fuera de la Federación de Rusia”, como dijo el propio Putin en 2005.

Más allá de la retórica, la frase condensa dos ideas que son clave para entender la mentalidad política rusa posterior:

- La pérdida de estatus: Rusia deja de ser uno de los dos polos del sistema para convertirse en un Estado debilitado, endeudado y dependiente de la ayuda occidental para mantener a flote su maltrecha economía (si bien aún conservaba su arsenal nuclear)².
- La fragmentación del “mundo ruso” (Russkiy Mir): millones de rusos étnicos pasan a vivir en repúblicas independientes, lo que alimenta la idea de una nación troceada que ha de ser reunificada en el futuro (Laruelle, 2008, p. 89 y Conclusión; Porokhovoi, 2025, p. 40).

² Sobre la dependencia de los préstamos del FMI, véase Sarotte, 2021, p. 247; sobre la pérdida de estatus mundial, véase Khodorkovsky, 2023, cap. 13, párr. 7

Esta vivencia del colapso como desastre y no como liberación será un elemento central del discurso putinista y encaja a la perfección con la idea Ilyiniana de una Rusia víctima de fuerzas externas que la empujan hacia el abismo (Barbashin, 2018, párr. 13).

2.3 La Rusia de los 90: terapia de choque y crisis económica

La década de 1990 se ha comparado a menudo con una “República de Weimar” post-soviética: hiperinflación, desplome del PIB, crimen organizado, una clase política desacreditada y corrupta, con la suma de que además la Rusia de los 90 tuvo que lidiar con guerras periféricas (principalmente la de Chechenia)³. Bajo la presidencia de Boris Yeltsin, la transición hacia el capitalismo se ejecutó mediante una severa “terapia de choque” (Fellows, 2018, p. 21): liberalización masiva de precios, privatizaciones aceleradas y la retirada brusca de los subsidios estatales y subastas corruptas de los activos del Estado (Sarotte, 2021, p. 224). Las consecuencias sociales para la población fueron devastadoras, con unas drásticas reversiones del estado de bienestar que provocaron que entre 1992 y 1995 el 62% de los niños rusos vivieran por debajo del umbral de la pobreza (Fellows, 2018, p. 20). Esta desregulación drástica no solo provocó un desplome en el nivel de vida, sino que desencadenó una crisis demográfica sin precedentes en tiempos de paz, caracterizada por un aumento de la mortalidad y una caída en la esperanza de vida como consecuencia del estrés socioeconómico y el colapso del sistema sanitario (Sarotte, 2021, pp. 313-314).

A ello se sumó la “piratización” de la economía: un reducido grupo de empresarios bien conectados (futuros oligarcas) se enriquecieron de forma desproporcionada apropiándose de activos estratégicos a través de subastas corruptas (el infame programa de préstamos por acciones (loans-for-shares) bajo el gobierno de Yeltsin, forjando un pacto fáustico con el Estado e instaurando una economía dominada por el crimen organizado (Sarotte, 2021, pp. 221-222). La llamada “terapia de choque” (Fellows, 2018, p. 21), no solo supuso la caída del nivel de vida, sino también un aumento brusco de la mortalidad y el declive de la esperanza de vida, fenómeno asociado al estrés socioeconómico, la epidemia de alcoholismo y el colapso de los servicios sanitarios (Sarotte, 2021, pp. 189-190)."

En el plano político, el nuevo sistema democrático no tardó en mostrar su fragilidad. En 1993, la crisis entre Yeltsin y el Parlamento terminó con los tanques del ejército disparando contra el edificio del parlamento, matando a unos 145 ciudadanos y dejando cientos de heridos en las calles (Sarotte, 2021, pp. 171-172). La posterior Constitución de 1993 concentró enormes poderes en la

³ Sobre la noción de Rusia de Weimar unida a la guerra chechena, véase Ummland, 2007, p. 2; sobre el desplome del más del 40% del PIB, la hiperinflación y el crimen organizado, véase Fellows, 2018, p. 20.

figura del presidente, otorgando a Yeltsin competencias que excedían con creces las de sus homólogos en democracias consolidadas como Francia o Estados Unidos (Sarotte, 2021, p. 172), dejando un legado institucional hiperpresidencialista que Putin heredaría y explotaría pocos años más tarde. Sumado a esto, los futuros oligarcas, enriquecidos mediante lo que se describió como «pactos fáusticos» con el Kremlin (Sarotte, 2021, p. 221), se acabarían convirtiendo en una élite que sería clave en el futuro para entender el régimen de Putin, quien al llegar al poder absorbió esa corrupción generalizada para transformarla en una cleptocracia oficial autoritaria y someter a esos oligarcas controlando sus imperios mediáticos (Snyder, 2018 B, caps. 2 y 3)

El Estado mostraba una clara incompetencia que compensaba con una brutalidad desmesurada a la hora de hacer valer su autoridad (Begović, 2022, pp. 895-896). Por un lado, sumido en un colapso institucional y en una profunda crisis financiera, el Estado era incapaz de recaudar lo suficiente, dejando a los trabajadores de todo el país sin cobrar sus salarios y enfurecidos ante un sistema inoperante (Sarotte, 2021, p. 303). Pero, por otro lado, no tenía ningún problema en utilizar una violencia extrema si un asunto amenazaba con irse de las manos. Estoy hablando concretamente de la Primera Guerra de Chechenia (1994-1996), que ilustra a la perfección esta paradoja. El gobierno de Yeltsin lanzó lo que inicialmente concibió como una rápida 'operación quirúrgica' de precisión policial para impedir la secesión de la república chechena (Sarotte, 2021, p. 205, p. 221). Sin embargo, la campaña terminó en un desastre prolongado y sangriento: el Estado envió a reclutas sin preparación (a menudo ebrios) que cometieron actos de una brutalidad inenarrable, provocando el desplazamiento de 400.000 civiles y la muerte innecesaria de al menos 20.000 personas (Sarotte, 2021, pp. 205-206, 220). Lejos de proyectar poder, el ejército se mostró incapaz de ganar de forma eficiente y evidenció las profundas debilidades y fallas del nuevo Estado democrático ruso (Begović, 2022, pp. 895-896; Sarotte, 2021, p. 206). Esta profunda humillación nacional generó una crisis de identidad que dio lugar a la noción de que el país se había convertido en una inestable 'Rusia de Weimar' (Umland, 2007, p. 2)

Todo ello alimentó entre la población una percepción muy negativa de la democracia, una suerte de pecado original donde las propias reformas terminaron asumiendo la culpa de los males del país (Fellows, 2018, p. 22). Para la mayoría de rusos, los años 90 fueron sinónimo de caos, pobreza, el colapso de las instituciones en manos de la criminalidad y una profunda humillación nacional (Khodorkovsky, 2023, cap. 13, párrs. 6-7). En ese contexto, las presiones de intentar democratizar y crear una economía de mercado simultáneamente produjeron un terreno fértil (Sarotte, 2021, p. 344) para la idea de un Estado y un líder fuerte, capaz de imponer orden y recuperar el prestigio perdido en el 91 a cambio de sacrificar libertades individuales (Fellows, 2018, p. 28). El marco mental en el que opera el putinismo (orden frente al caos, orgullo frente a humillación) es el resultado directo de esta experiencia histórica que aún sigue presente en la memoria viva de gran parte de la población rusa, a la cual el régimen de Putin ha atado a una vía

revanchista vendiéndole un «elixir de grandeza» (Khodorkovsky, 2023, cap. 13, párr. 10) para afianzarse en el poder y frenar la transformación democrática retomando la competición con Occidente (Sarotte, 2021, p. 344).

2.4 “El Fin de la Historia” desde la perspectiva rusa

Mientras Rusia vivía una transición traumática, en Occidente se imponía la narrativa optimista del “fin de la Historia”. La tesis de Fukuyama sostenía que, tras la desintegración del bloque soviético, se había alcanzado un consenso en torno a la legitimidad de la democracia liberal como forma de gobierno, hasta el punto de considerarla la forma política final, libre de contradicciones internas comparables a las de sus rivales históricos. Esta percepción alimentó lo que autores como Snyder denominan la “política de la inevitabilidad”, que se caracterizaba por la expectativa dominante en Washington y Bruselas de que, al fracasar el relato comunista, Rusia acabaría convergiendo automáticamente con el modelo occidental. Bajo esta visión, se daba por sentado que la naturaleza del libre mercado generaría irremediablemente el establecimiento de la democracia, y que Rusia terminaría por integrarse de forma natural en el orden internacional liderado por EEUU (Snyder, 2018 B, prólogo y cap. 1). Esto daría lugar la tolerancia europea, principalmente de Alemania, de las agresiones rusas en 2008 y 2014, y el gigantesco error estratégico de la dependencia energética que quedó en evidencia en 2022.

Desde Moscú, esa misma década se percibió como una sucesión de humillaciones. La ampliación de la OTAN hacia Europa del Este en 1999 fue vivida por las élites rusas como una flagrante traición a las garantías verbales de 1990 de no expandirse 'ni una pulgada' hacia el Este, un argumento que, independientemente de su validez jurídica en Occidente, se convirtió en el núcleo del resentimiento ruso (Sarotte, 2021, pp. 1-2; Shiffrinson, 2016, pp. 12-13). Ya a mediados de los 90, el propio presidente Yeltsin advirtió repetidamente a Bill Clinton que la expansión de la OTAN excluía el espíritu de los tratados de reunificación alemana y constituía una humillación que terminaría aislando a Rusia (Sarotte, 2021, p. 168; Shiffrinson, 2016, p. 12). La guerra de Kosovo y los bombardeos de la OTAN sobre Serbia en 1999 reforzaron la sensación de que Occidente actuaba unilateralmente, ignorando los intereses rusos en los Balcanes, que habían sido una zona tradicional de influencia de Moscú, al tomar la decisión sin precedentes de bombardear un Estado soberano eludiendo el Consejo de Seguridad de la ONU (Sarotte, 2021, p. 316).

El contraste es evidente: mientras para muchos occidentales los 90 son una década de pujanza económica y cultural marcada por el triunfo del liberalismo, para la mayoría de rusos fue una sucesión de humillaciones que siguió a una derrota histórica. De ahí que, cuando Putin llega por primera vez a la presidencia a finales de 1999, encuentre un público receptivo a la idea de que la historia no ha terminado, sino que sigue muy abierta y Rusia tiene el derecho (y el deber) de

disputar la hegemonía occidental. La retórica posterior sobre la OTAN como amenaza, sobre un Occidente que “aprovechó la debilidad rusa” y sobre la necesidad de restaurar la grandeza perdida de la madre patria se alimentan directamente de esa experiencia compartida de frustración y humillación nacional que vivió Rusia en los 90 (Khodorkovsky, 2023, cap. 13, párrs. 6-7; Sarotte, 2021, pp. 11-12, 344).

2.5 En busca de una idea nacional

El hundimiento de la URSS dejó a Rusia sin su imperio, que había pasado siglos construyendo, sin sistema económico y, sobre todo, sin ideología oficial. Durante setenta años, la identidad soviética y el marxismo-leninismo habían sido la espina dorsal del espíritu nacional ruso, proporcionando un marco de sentido (aunque fuese impuesto por la fuerza y lleno de contradicciones). A partir de 1991, la pregunta “¿qué es Rusia?” quedó súbitamente abierta. En los 90 se habló mucho de la necesidad de una “idea nacional” (natsionalnaya ideya) que sustituyera al comunismo.

En ese vacío ideológico en el que se encontraba la Rusia post-soviética, sumado al trauma por la pérdida de estatus internacional que generó un profundo “síndrome de Versalles” en la sociedad rusa, compitieron varias corrientes:

- Liberales occidentales: que defendían la integración plena en el orden euroatlántico.
- Comunistas neosoviéticos: que apelaban a la nostalgia del Estado fuerte y la justicia social de la URSS.
- Nacionalistas y eurasianistas: que proponían una Rusia como civilización aparte, puente entre Europa y Asia, con una misión histórica propia. Esta última corriente, revitalizada en los años 90 por figuras como Aleksandr Dugin, se articuló como una resistencia directa frente al “Nuevo Orden Mundial Atlantista”, buscando preservar la diversidad cultural euroasiática frente a la homogeneización liberal bajo el liderazgo de Rusia.

A finales de los 90, ninguna de estas visiones dominaba por completo. Lo que sí era mayoritario era el deseo de estabilidad tras años de crisis. Es ahí donde encaja la llegada de Putin, un exagente del KGB relativamente desconocido que hereda la presidencia de Yeltsin el 31 de diciembre de 1999 (Sarotte, 2021, pp. 304, 334). En sus primeros años, Putin construye un “contrato social” informal con una sociedad exhausta por las continuas crisis de la primera década postsoviética. El régimen garantiza estabilidad, orden y crecimiento económico, y a cambio la ciudadanía se mantiene al margen de la política, cediendo sus libertades y aceptando una reducción del pluralismo. Este pacto fundamental de “estabilidad a cambio de libertad” mutaría drásticamente tras las intervenciones en el extranjero a partir de 2014, cuando el Kremlin impuso un nuevo

paradigma a la sociedad rusa: “grandeza y estabilidad a cambio de libertades, justicia y prosperidad” (Khodorkovsky, 2023, cap. 13, párr. 4).

Esa síntesis no surge de la nada. Para dotarla de profundidad histórica y filosófica, el régimen recurre a pensadores del pasado como Iván Ilyin, cuya obra ofrece una justificación coherente de la autocracia, del nacionalismo revanchista y de la idea de una Rusia eterna e inocente frente a un Occidente moralmente corrupto (Snyder, 2018 A, párr. 17). La élite gobernante de la actualidad acude al corpus de Ilyin de manera pragmática y selectiva, instrumentalizando su noción del Estado como un 'organismo vivo' geohistóricamente indivisible (Snyder, 2018 A, párr. 17) y sus tesis sobre la necesidad de un líder autocrático o vodzh capaz de asumir el destino de salvación del pueblo frente al expansionismo occidental (Budraitskis, 2022, pp. 63-79; Barrbashin, 2018, párrs. 12-14)

En otras palabras, el contexto que va de 1989 a finales de los 90 no sólo explica el resentimiento y la inseguridad de la sociedad rusa, sino también por qué un ideario como el de Ilyin, que mezcla fascismo cristiano, imperialismo y victimismo histórico, pudo encontrar “suelo fértil” en la Rusia post-soviética (Sarotte, 2021, p. 344).

CAPÍTULO 3

IVAN ILYIN: LA INOCENTE MADRE RUSIA

3.1 Influencia de Iván Ilyin en el régimen de Putin

El Kremlin ha reivindicado repetidas veces a Ilyin como un pensador nacional, cuya obra articula y justifica la agenda del régimen. El mismo Putin se involucró personalmente en la rehabilitación pública de su figura, al punto de citarlo como su principal autoridad sobre el pasado. En 2005 supervisó personalmente la repatriación de sus restos desde Suiza, siendo enterrado de nuevo en una ceremonia de Estado a la que Putin, por supuesto, acudió (Snyder, 2018 A, párr. 28). Un año después de aquella ceremonia, en 2006, organizó el traslado de la totalidad del archivo de Ilyin, que se encontraba en la Universidad Estatal de Michigan en los EE. UU. (Snyder, 2018 B, cap. 1).

Ilyin ha sido citado no solo por Putin, sino por el Patriarcado de la Iglesia ortodoxa rusa, cuyo líder sirvió previamente como agente del KGB al igual que el presidente (Snyder, 2018 A, párr. 28) y para quien la guerra de Putin en Ucrania es poco menos que una «guerra santa». También es citado por ministros y socios cercanos, como el ministro de Exteriores, Serguéi Lavrov, o el líder de su partido, Dimitri Medvédev (Snyder, 2018 A, párr. 24). Asimismo, su obra se encuentra

entre las principales lecturas que Putin ha distribuido entre los burócratas y funcionarios del régimen; por ejemplo, en enero de 2014, coincidiendo con las órdenes de movilización para la invasión de Crimea, la obra de Ilyin *Nuestras tareas* fue enviada a todos los altos funcionarios y gobernadores regionales (Barbashin, 2018, párr. 3; Snyder, 2018 A, párr. 33)."

El 30 de septiembre de 2022, en el primer año de la guerra, Putin presidió una ceremonia que oficializaba la anexión de los oblasts ucranianos de Donetsk, Luhansk, Jerson y Zaporíyia. Putin cerró su discurso en esta ceremonia con las siguientes palabras de Ilyin:

"Quiero cerrar con las palabras de un verdadero patriota, Ivan Ilyin:

"si considero a Rusia mi madre patria, significa que amo como ruso, reflexiono y pienso, canto y hablo como ruso; que creo en la fortaleza espiritual del pueblo ruso. Su alma es mi alma; su destino es mi destino; su sufrimiento es mi dolor; su prosperidad es mi alegría."

Con esto en mente, parece obvio que para entender la mentalidad y las ideas que motivan la política del régimen de Putin, es imprescindible entender cuáles son las ideas de Iván Ilyin.

3.2 Quien es Iván Ilyin

Nacido en 1883 en el seno de una familia aristocrática, Ilyin en su juventud coqueteó con ideas reformistas e incluso socialistas en una época de creciente descontento social con el régimen de los zares. Estudió Derecho, y como tal su filosofía se centra mucho en el papel del Derecho en la sociedad rusa, concretamente en un concepto que podríamos traducir como el "atraso ruso". Ese atraso ruso en lo político-jurídico, fruto de la herencia que Rusia habría recibido de su pasada estructura social remontándose a los tiempos de la Horda Dorada, como veremos a continuación, le acabó pareciendo algo positivo, una virtud que Rusia conservaba frente a las ideas decadentes de Occidente. La concepción de Ilyin del Derecho como algo que debe estar basado en la moral espiritual está plasmada en *Sobre la esencia de la conciencia jurídica*, su tesis doctoral.

Este sentimiento lo compartía en cierta medida, por ejemplo, el gran Dostoievski, fuerte detractor de las ideas que en el Siglo XIX estaban ganando terreno en Europa occidental, quien declaró esta particularidad rusa como una marca de superioridad cultural. Otros intelectuales, en especial reformistas como Turguenev, señalaban el "atraso ruso", que en esencia describía la falta de un Estado de Derecho y contrapoderes reales contra el poder de los zares, como algo a eliminar. Menciono esto porque los herederos de los defensores de este "atraso ruso", entre los que se encontraba el propio Ilyin, con el tiempo acabaron conociéndose como los "eurasianistas", concepto que también es importante a la hora de explicar las ideas que imperan en el círculo de Putin.

Ilyin, que como ya habíamos mencionado, había tenido tintes liberales e incluso anarquistas en su juventud (Snyder, 2018 A, párr. 9), cambió por completo su visión del mundo tras la Primera Guerra Mundial y, muy en especial, tras el triunfo de la Revolución de Octubre de 1917 y su posterior exilio. Era un gran opositor a los bolcheviques en el poder, viendo el marxismo como un «abismo de ateísmo» y como una ideología foránea anticristiana que amenazaba con destruir ese espíritu que hacía de Rusia una nación excepcional en lo cultural y espiritual (Snyder A, 2018, párr. 21). A medida que su tradicionalismo, religiosidad y fuerte patriotismo iban cobrando protagonismo, acabó por desarrollar la ideología que definió su legado en la filosofía política: el fascismo cristiano (Snyder, 2018 B, cap. 1).

Fue exiliado a Alemania tras ser arrestado por la Checa, por intervención personal de Lenin, quien ordenó que no se le ejecutara por ser admirador de las ideas antioccidentales de Ilyin, pese a su ferviente anticomunismo. Acabó residiendo en Suiza, donde desarrolló la mayor parte de su pensamiento y obra, escribiendo *La resistencia al mal por la fuerza*, *Nuestra misión nacional* y *Sobre la esencia de la cultura rusa*, entre otras en las que desarrolla su particular rama de fascismo.

3.3 Ideas centrales: el fascismo cristiano

El propio Ilyin bebe en gran medida de las ideas del fascismo, que tuvo especial influencia en su obra durante su exilio en Europa occidental, hasta el punto de que sí llegó a utilizar el término para definirse a sí mismo y a su movimiento (Introvigne, 2023, p. 22; Snyder, 2018 A, párr. 23). Ilyin veía el fascismo como un potencial instrumento de salvación para Rusia, un camino hacia su destino de redención, pero con un particular énfasis en la religión como pilar fundamental. Llegó a concebir que Rusia se liberaría del comunismo instaurando un «fascismo cristiano» (Snyder, 2018 A, párr. 3). Ilyin lo describía de la siguiente manera: «el fascismo no nos da una nueva idea, sino que solo nos da nuevos intentos de implementar esta idea cristiana, rusa y nacional en nuestras condiciones dadas de acuerdo con nuestros puntos de vista»⁴. En sus escritos, lamentaba que los italianos se hubieran adelantado a los rusos en la invención del fascismo, aunque consideraba que el movimiento Blanco ruso era más profundo y amplio por su conexión religiosa (Snyder, 2018 A, párr. 23). También vivió en Berlín durante el ascenso de Hitler, de quien afirmó que, al detener el proceso de bolchevización, había hecho «un enorme favor a toda Europa» (Barbashin, 2018, párr. 19). Esta visión cambió posteriormente cuando el régimen nazi catalogó a los rusos como 'subhumanos' (Snyder, 2018 A, párr. 29) y atacó a la Iglesia, lo que hizo que Ilyin, aunque abogando por un modelo dictatorial similar al de Franco o

⁴ Ilyin, como se cita en Barbashin, 2018, párr. 21.

Salazar en España y Portugal, acabara por advertir a los patriotas rusos que se distanciaran de los errores orgánicos de Hitler y Mussolini (Barbashin, 2018, párr. 22).

Puede verse un paralelismo entre el fascismo de Ilyin y el Nacional Catolicismo de Franco, a quien acabaría también por describir como un modelo a seguir —junto a Salazar en Portugal—, en especial tras la derrota del Eje en la Segunda Guerra Mundial. Ilyin veía el régimen franquista como una alternativa más pragmática y sólida, que basaba sus ideales en la religión, el conservadurismo de Estado y la identidad espiritual de la nación, distanciándose así de los errores orgánicos y las teorías biológicas y raciales que, en su opinión, habían condenado al nazismo (Barbashin, 2018, párr. 22; Snyder, 2018 A, párrs. 20 y 23). Similar a la narrativa franquista de la Guerra Civil, Ilyin se diferenciaba del fascismo italiano y el nacionalsocialismo alemán en el énfasis que sus teorías ponían en la religión cristiana, viendo la violencia política y la lucha contra el bolchevismo como una cruzada contra los enemigos de Dios. Para Ilyin, el cristianismo exigía aplicar una violencia decisiva frente a los agentes de Satán, llegando a afirmar que «quien se opone a la lucha caballerosa contra el diablo es él mismo el diablo» (Snyder, 2018, párr. 12).

Abogaba por el surgimiento de un caudillo, dictador nacional o *vozh* que liderara esta cruzada (Barbashin, 2018, párr. 13). Respecto a esta sumisión de las masas, Snyder resume el ideario de Ilyin rescatando sus propios conceptos: «El 'dictador nacional', predijo Ilyin, surgiría de algún lugar más allá de la historia, de algún reino ficticio [...] La gente se postraría ante 'el órgano vivo de Rusia'» (Snyder, 2018 A, párr. 25); en un sistema donde «el fascista es el verdadero redentor, ya que comprende que es el enemigo quien debe ser sacrificado» (Snyder, 2018 A, párr. 14).

Para que este redentor pudiera purificar a la nación, Ilyin abogaba esencialmente por un Estado totalitario y nacionalista que suprimiera las ideas extranjeras, a las que consideraba el producto infeccioso de la decadencia moral y espiritual de Occidente. El *vozh* con el que soñaba debía ser un líder fuerte que gobernara en nombre de la unidad sagrada del pueblo, exaltando los valores tradicionales y combatiendo esta supuesta degeneración moderna (Snyder, 2018 A, párrs. 16, 31). Es algo que claramente podemos ver reflejado en el ferviente conservadurismo social que caracteriza al régimen de Putin y en sus campañas contra la «decadencia» europea (Snyder, 2018 A, párr. 38). Ilyin nunca renunció a la esperanza de que el régimen comunista eventualmente colapsaría y de que, de sus cenizas, surgiría ese *vozh* que iniciaría una cruzada para poner a Rusia en su camino hacia la redención espiritual (Snyder, 2018 A, párr. 35; Barbashin y Thoburn, 2015, párr. 14). En este sistema, cualquier tipo de disidencia o negativa a la voluntad del líder no es una opción política, sino un acto de deslealtad y traición que debe ser erradicado (Snyder, 2018 A, párr. 34).

Esta visión totalitaria encaja orgánicamente con su concepción de la identidad rusa y del espacio imperial. Ilyin tenía una visión muy clara: describía a Rusia como «un organismo de la naturaleza

y del alma», que «no puede ser dividido, solo diseccionado» (Snyder, 2018 A, párrs. 27-28). Por tanto, siempre escribía la palabra «ucranianos» en sus textos entre comillas, ya que no los reconocía como una nación soberana ni un ente separado del cuerpo ruso (Snyder, 2018 A, párr. 27). Llegó a afirmar incluso que no existía tal cosa como la nación ucraniana, negándoles todo derecho a cualquier forma de Estado propio (Barbashin y Thoburn, 2015, párr. 13). El mundo ruso para Ilyin era una unidad espiritual destinada a servir «no solo a todas las naciones ortodoxas y [...] de la masa terrestre euroasiática, sino a todas las naciones del mundo» bajo el liderazgo de Rusia (Snyder, 2018 A, párr. 33). La mera concepción de que pueblos vecinos tuvieran voluntad propia o buscaran separarse de la Madre Rusia era vista como un ataque existencial instigado por Occidente que debía ser eliminado de cualquier forma (Snyder, 2018 A, párr. 28; Barbashin y Thoburn, 2015, párr. 13)."

Ilyin era también abiertamente anti-igualitario, despreciando la pluralidad de la sociedad civil burguesa y culpando a la clase media de entorpecer la unidad espiritual de la nación. En sus escritos, Ilyin afirmó que los marxistas «tenían razón en odiar a las clases medias, pero no las odiaban lo suficiente», porque la «sociedad civil» de la burguesía era un caldo de cultivo para intereses plurales y egoístas, potencialmente opuestos a la inquebrantable organización nacional que Dios necesita (Snyder, 2018 A, párr. 20). Para Ilyin, la clase media era portadora de una enfermedad moral, por lo que debía ser literalmente «barrida» de la vida pública y sustituida por una comunidad nacional sin clases (Snyder, 2018 A, párr. 20). La burguesía era un símbolo de la movilidad social, un concepto que para Ilyin resultaba fundamentalmente contrario a su idea totalitaria del orden social orgánico, donde la desigualdad se consideraba justa y el avance social debía quedar excluido desde el principio (Snyder, 2018 B, cap. 1)."

De una forma que puede parecer paradójica por su ferviente anticomunismo, Ilyin proponía una comunidad nacional sin clases, pero no entendida en el sentido marxista igualitario, sino como un corporativismo totalitario donde la masa del pueblo estuviera subordinada al Estado y a las jerarquías tradicionales, donde una élite oligárquica reducida y cercana al *vozh*d sea la que conduzca al pueblo ruso a su destino de traer a la Tierra la sociedad más cercana posible a lo divino (Snyder, 2018 A, párr. 43). No es difícil ver cómo esto ha sido utilizado por la oligarquía del régimen de Putin para justificar la enorme desigualdad y concentración de la economía en unas pocas manos como algo patriótico y una parte natural de la misión histórica rusa (sobre la concentración económica fáctica, véase Khodorkovsky, 2023, cap. 10, párr. 1; sobre su justificación ideológica como inocencia nacional, véase Snyder, 2018 A, párr. 20)

En lo respectivo a la participación política, sobra decir que Ilyin abogaba por un Estado totalitario. En sus ensayos de posguerra (Nuestras Tareas, 1956), propuso la figura de un *vozh*d o caudillo con un poder total, que concentraría todos los roles del gobierno (legislativo, ejecutivo y judicial)

y que comandaría el ejército con autoridad ilimitada (Snyder, 2018 A, párr. 19). Desconfiaba profundamente del voto popular declarando que «el principio de la democracia era el átomo humano irresponsable». Afirmaba que debíamos «rechazar la fe ciega en el número de votos y su significado político»⁵. En la Rusia concebida por Ilyin, las elecciones serían poco menos que un ritual de sumisión de los rusos ante su Líder (Snyder, 2018 A, párr. 19).

3.4 La inocencia rusa

A través del fascismo cristiano, Ilyin creía que era el deber de la humanidad restaurar el reino de Dios frente a la decadencia que había traído la modernidad. Esta misión era la que para Ilyin era no solo la misión fundamental de la nación rusa, sino su destino. Ilyin basaba esto en el concepto previamente mencionado del “atraso ruso”, que a diferencia de los contemporáneos reformistas de Ilyin, para él era una bendición. Para Ilyin, la razón humana y las pasiones que habían informado la Ilustración, de la que habían surgido todas estas ideas que Ilyin consideraba decadentes, representaban una maldición, algo que había alejado a la humanidad de Dios.

Las ideas liberales que cristalizaron en la Revolución Francesa y que se habían extendido por Europa en el siglo XIX, como la separación de poderes, la soberanía popular, el laicismo o la representación política, eran un síntoma de la creciente lejanía de la humanidad respecto a Dios (Snyder, 2018 A, párr. 6). El hecho de que estos conceptos no hubieran penetrado en la sociedad rusa (eso que podemos traducir como “el atraso ruso”) era para Ilyin la prueba de que Rusia era esencialmente una nación inocente, espiritual y moralmente superior, y la que estaba más cercana a Dios de todas las naciones cristianas. Es fundamental entender el victimismo que permea esta idea de Ilyin. Para él, desde el nacimiento de la nación rusa, que Ilyin sitúa en la cristianización de la Rus de Kiev, la historia rusa es un «milenio de sufrimiento» y humillación a manos de potencias extranjeras, desde los tártaros hasta los franceses, pasando por los suecos, polacos y británicos, que habrían aprovechado siempre el alma inocente e ingenua de Rusia. Rusia es una perenne víctima de ataques e intrigas extranjeras; por tanto, todo lo que la nación rusa haga en pos de defenderse de estos ataques jamás es una agresión, sino parte de su cruzada contra la decadencia y la intriga exterior (Snyder, 2018 A, párr. 26).

Esta inocencia esencial de la nación rusa, bendecida por Dios, significa que Rusia es una nación fundamentalmente incapaz de hacer el mal. La élite rusa contemporánea ha utilizado precisamente esta idea de Ilyin para proyectar una inocencia nacional permanente frente a un mundo que les es eternamente hostil (Snyder, 2018 A, párr. 31). Cualquier crimen o maldad cometida en el nombre

⁵ Ilyin, como se cita en Snyder, 2018 A, párr. 19.

de Rusia está justificada, pues Rusia es la nación de Dios, y es el deber de todos los rusos jamás cuestionar a la patria ni al *vozhda*, amarla y dar la vida si fuera necesario de manera incondicional. Bajo esta lógica, para Ilyin el triunfo de la Revolución Bolchevique no refutaba la pureza rusa, sino que demostraba que el comunismo era una seducción orquestada por extranjeros ante la cual los rusos habían sido demasiado ingenuos para resistirse. La revolución comunista era simplemente la expresión definitiva de la degeneración occidental que había infectado a la nación rusa gracias a estos agentes foráneos y a la debilidad del zar Nicolás II, a quien culpaba de haber conducido al Imperio al colapso. En su esencia, Rusia seguía siendo la misma nación inmaculada bajo esa imposición, pese a los esfuerzos de los comunistas y de los judíos de Occidente, a quienes Ilyin señalaba como los auténticos artífices de la revolución, por acabar con el espíritu de Rusia (esta idea de un contubernio judeo-comunista que conspiraba para la destrucción de la nación, sobra decir, no es exclusiva del fascismo de Ilyin) (Snyder, 2018 A, párr. 25).

Pese a sus simpatías iniciales con la Alemania Nazi, Ilyin vio en la victoria de la URSS sobre Alemania una evidencia más de la superioridad moral y cultural de la nación rusa, de su destino como la nación predilecta de Dios y de que eventualmente el comunismo colapsaría y de sus cenizas surgiría un país destinado a llevar a cabo una cruzada para restaurar el orden de Dios. La violencia que esto requeriría para Ilyin no era un problema, ya que como hemos mencionado, cualquier acto de violencia o agresión que derrame la sangre de los enemigos de Rusia está más que justificado, pues los enemigos de Rusia son los enemigos de Dios. De esta idea surgen citas como: *“El que se opone a la lucha contra el Diablo es el mismo Diablo”, “el movimiento blanco [ruso] es más profundo y amplio que el fascismo italiano [...] pues exige el sacrificio de sangre de los enemigos de Dios”*.

3.5 Ilyin y la glorificación del pasado soviético

Las visiones de Ilyin, revitalizadas en la era de Putin, como ya hemos mencionado, impide ningún tipo de autocrítica del pasado ruso. Su doctrina de la eterna *“inocencia nacional”* ha sido abrazada por la élite política rusa para reinterpretar la historia a su conveniencia, siendo el revisionismo histórico una parte fundamental de la propaganda del régimen. La idea de Rusia como una nación inocente bajo la constante amenaza de enemigos externos justifica todos sus actos como defensa de la civilización, incluso los más violentos, desde el Holodomor hasta los bombardeos rusos sobre Kiev, pasando por los gulags y las purgas de Stalin. Esta idea está profundamente arraigada en la narrativa estatal: Rusia por definición es incapaz de hacer el mal, únicamente reacciona a amenazas externas, por lo tanto, admitir culpas o crímenes históricos equivale a traición.

Por eso, a pesar del odio que Ilyin profesaba hacia el régimen soviético, la élite de la era Putin ha logrado reconciliar de manera casi inexplicable el orgullo imperial zarista con la nostalgia soviética, mediante esta noción de la “inocencia nacional”. La postura oficial de la Federación Rusa respecto a la URSS tras su colapso pasó de ser la idea de que el comunismo era una suerte de “cuerpo extraño” impuesto a Rusia (como defendía Ilyin), a ser otra expresión de la Rusia misma, y por tanto igualmente digna de glorificación y exaltación. En esto vemos también por qué ciertos elementos de la extrema izquierda en el extranjero pueden verse alineados con el régimen de Putin, pese a estar en las antípodas ideológicas el uno del otro en otros aspectos. Cualquier fallo u crimen del sistema soviético se redefine como una reacción necesaria contra las hostilidades y ataques de Occidente (apoyarse en la idea de que la URSS a lo largo de su historia estuvo permanentemente sitiada por el capital Occidental para justificar sus fallas resuena en muchos círculos de izquierdas). Esta revisión de la historia permite al régimen de Putin hacer una glorificación selectiva del pasado comunista, por ejemplo, la Gran Guerra Patriótica, sin necesidad de abrazar su ideología.

Cuando los restos de Ilyin fueron repatriados y se le volvió a enterrar en Rusia, el sacerdote ortodoxo que presidía la ceremonia describió a Ilyin con el siguiente oxímoron: “*un chequista en nombre de Dios*”. Esta descripción es, desde cualquier otro punto de vista que el que acabamos de describir, contradictoria. La Checa, o policía secreta de los inicios de la URSS, era una organización encargada de investigar, identificar y neutralizar por cualquier medio a los individuos o elementos que el régimen considerara anticomunistas o contrarrevolucionarios, lo que incluía una buena dosis de persecución religiosa y represión de la Iglesia ortodoxa. Esto es irrelevante, porque esta descripción de Ilyin no está basada en ningún tipo de realidad política o histórica, sino en casar el pasado autoritario izquierdista con el presente autoritario derechista, bajo la idea de que ambas expresiones de autoritarismo están subordinadas a la idea de la eterna inocencia de la madre Rusia, algo que difícilmente podemos imaginar en ningún otro país del mundo⁶.

CAPÍTULO 4

EL EURASIANISMO Y LA CIVILIZACIÓN RUSA

4.1 El origen del eurasianismo

⁶ Tratemos de imaginar por un momento a Pablo Iglesias reivindicando la figura de Franco o a Santiago Abascal defendiendo a Dolores Ibárruri. La ideología está subordinada al nacionalismo.

El eurasianismo como concepto surge en la década de 1920 entre intelectuales rusos exiliados tras la Revolución de 1917. Frente al liberalismo occidental y al universalismo marxista, que por aquel entonces todavía mantenía intacta su vocación global, estos autores defendieron la existencia de una civilización propia en el espacio que se extiende desde Europa oriental hasta los confines de Siberia, abarcando las vastas estepas y llanuras de Asia central. Entre sus principales representantes se encuentran Nikolai Trubetskoy, Petr Savitsky y Georgy Vernadsky, quienes argumentaron que la historia, la geografía y la interacción entre diversos pueblos del Asia occidental y la Europa oriental habían generado una identidad cultural diferenciada de la Europa occidental (Laruelle, 2008, pp. 17-19, 31-32).

En su obra *Europe and Mankind*, Trubetskoy sostuvo que la concepción eurocéntrica de la historia ocultaba la diversidad civilizatoria del mundo y relegaba injustamente a Rusia a una posición periférica dentro de la cultura europea (Trubetskoy, 1920/2023, Parte II, sec. «Any “evolutionary ladder” of cultures is illogical»). Para los eurasianistas, Rusia no debía interpretarse como una prolongación de Europa, sino como el núcleo de una civilización autónoma formada por la interacción entre eslavos, pueblos turco-mongoles y otros grupos del espacio euroasiático. Este enfoque suponía una reinterpretación profunda de la historia rusa. Mientras que el pensamiento occidentalizante del siglo XIX tendía a explicar el desarrollo de Rusia en términos de atraso respecto a Europa, el eurasianismo proponía una lectura alternativa: Rusia habría seguido una trayectoria histórica distinta, no inferior. En consecuencia, el país debía construir su propio modelo político y cultural basado en su singularidad histórica y geográfica.

Desde esta perspectiva, la situación de Rusia hasta ese momento respecto al resto de Europa no debía interpretarse como un retraso, sino como la expresión de una trayectoria civilizatoria distinta. Para los eurasianistas, la influencia de las culturas nómadas de la estepa había desempeñado un papel fundamental en la formación del Estado ruso y en la configuración de su cultura política. Esta interpretación suponía una ruptura importante con la visión tradicional de la historiografía rusa del Siglo XIX, que tendía a explicar el desarrollo del país en términos de atraso respecto a Europa occidental. En cambio, el eurasianismo propone que Rusia debía aceptar su identidad histórica específica y construir un modelo político propio acorde con esa singularidad.

Durante la época soviética estas ideas permanecieron en gran medida marginadas dentro del debate intelectual ruso, siendo obviamente el marxismo-leninismo el marco ideológico dominante dentro de estos círculos en la URSS, pese a que las ideas que desarrollaría Lev Gumilev (que escribía en un contexto marxista, si bien tardío) décadas más tarde se solapan con la idea de que la rusa es una civilización/etnia con una identidad propia y distinta a la del resto de Europa. Sin embargo, el colapso de la Unión Soviética en 1991 generó un contexto radicalmente distinto al de los años 20 y 30. La desaparición de la ideología comunista dejó un vacío considerable, lo que

llevó a muchos pensadores y dirigentes políticos a buscar nuevas narrativas capaces de explicar el lugar de Rusia en el mundo ya terminada la Guerra Fría, que hasta ese momento había sido el de paladín del socialismo frente al capitalismo liberal de occidente. En este contexto, el eurasianismo fue redescubierto y reinterpretado como un posible fundamento ideológico para la reconstrucción de la identidad nacional rusa y para la redefinición de su política exterior (Laruelle, 2008, pp. 50-51, 84).

4.2 Lev Gumilev y la teoría de la etnogénesis

El ya mencionado historiador y etnólogo ruso Lev Gumilev está entre las figuras intelectuales que más contribuyeron a desarrollar y revitalizar algunas de las ideas principales del eurasianismo tras el fin de la URSS. Aunque su obra no puede considerarse estrictamente parte del eurasianismo clásico de Trubetskoy o Savitsky, muchas de sus teorías fueron posteriormente incorporadas al pensamiento nacional ruso contemporáneo y ha ejercido una influencia notable a la hora de revitalizar y justificar con una base (pseudo)científica las ideas del eurasianismo en la Rusia postsoviética. Gumilev elaboró una teoría sobre el desarrollo histórico de los pueblos conocida como teoría de la etnogénesis, que pretendía explicar la formación y evolución de las civilizaciones a partir de la interacción entre factores culturales, geográficos y biológicos.

En su obra más conocida, *Ethnogenesis and the Biosphere of Earth*, Gumilev propone que las etnias deben entenderse como sistemas bioculturales complejos que evolucionan en estrecha relación con su entorno natural y geográfico (Gumilev, 1990, pp. 31, 105). Según su planteamiento, las comunidades humanas atraviesan ciclos históricos relativamente previsibles que incluyen fases de nacimiento, expansión, madurez y declive. Estos procesos estarían impulsados por una energía colectiva que el autor denomina pasionaridad (*passionarnost*), definida como la capacidad o vigor de ciertos grupos e individuos para transformar su entorno, emprender proyectos históricos de gran alcance y movilizar a sus sociedades hacia objetivos colectivos.

Para Gumilev, el entorno geográfico desempeña un papel fundamental en la configuración de las culturas humanas. El paisaje, el clima y las condiciones ambientales influyen en las formas de organización social, en los valores culturales y en la mentalidad colectiva de los pueblos. En el caso de Rusia, el espacio de la estepa euroasiática habría favorecido la interacción entre culturas nómadas y sedentarias, generando una síntesis cultural particular que diferenciaría la civilización rusa tanto de la Europa occidental como del Asia oriental. De esta manera, el desarrollo histórico de Rusia no podría entenderse adecuadamente si se analizara únicamente desde categorías políticas o económicas occidentales.

Además de su teoría de la pasionaridad y de los ciclos étnicos, Gumilev propuso una lectura donde los factores geográficos y climatológicos explican transformaciones históricas profundas, incluido el auge del comunismo en Rusia y por ende en Europa oriental. Para él, el marxismo no fue solo una ideología importada, sino el resultado de condiciones materiales y ambientales que hicieron a ciertos pueblos susceptibles a proyectos colectivizantes (Snyder, 2018 B, cap. 3). Reinterpretó el éxito comunista como un fenómeno ligado a la biogeografía y a las formas de vida campesinas y rurales de Eurasia (Gumilev y Ermolaev, 1992, p. 187). En ese marco trató asimismo de reconciliar elementos del eurasianismo (ideología tradicionalmente escorada a la derecha) con categorías compatibles con el marxismo-leninismo, presentando la singularidad rusa como una convergencia entre destino civilizatorio y determinantes materiales. Estas lecturas permiten explicar por qué, en la recepción postsoviética, figuras de distintos espectros ideológicos han encontrado utilizable el lenguaje de Gumilev para justificar proyectos nacionalistas (Laruelle, 2008, pp. 77-81).

La teoría de Gumilev, pese a su vocación más científica que filosófica, ha sido duramente criticada por historiadores, etnólogos y biólogos debido a su determinismo geográfico radical y a la falta de validez científica que respalde conceptos especulativos como el de la pasionaridad (*passionarnost*), a menudo calificados de pseudocientíficos (Laruelle, 2008, pp. 51-54, 77; Porokhvoi, 2025, p. 28). Pese a esto, su impacto cultural e ideológico ha sido considerable. En la Rusia posterior a 1991, sus obras, antaño marginales en la academia soviética, fueron reapropiadas para reforzar la percepción de que el país constituye una civilización histórica singular, con una trayectoria propia y diferenciada fundamentalmente tanto de Occidente como de Asia (Laruelle, 2008, pp. 54-55; Porokhvoi, 2025, pp. 27-28). Este tipo de interpretación resulta especialmente atractivo en un momento en el que se busca una nueva idea nacional para el Estado ruso, una nueva identidad tras el vacío ideológico que dejó la desaparición del sistema soviético y de los esquemas explicativos globales del marxismo-leninismo (Laruelle, 2008, p. 84).

4.3 La civilización rusa

A partir de estas ideas, el eurasianismo contemporáneo desarrolló el concepto de civilización rusa como una comunidad histórica diferenciada que, crucialmente, trasciende las fronteras del Estado ruso moderno. Según esta perspectiva, Rusia no debe interpretarse simplemente como un Estado nación en el sentido occidental del término, sino como el núcleo de una civilización más amplia que engloba diversos pueblos del espacio euroasiático. Esta civilización se caracterizaría por una combinación de elementos culturales eslavos, ortodoxos y asiáticos (turco-mongoles, kazajos, caucásicos, etc.) así como por una tradición política que históricamente ha otorgado un papel central al poder estatal y a la cohesión territorial.

Gumilev también desarrolla una distinción geocultural basada en la adaptación de los pueblos a su entorno o biogeocenosis. Para él, la civilización euroasiática (y Rusia en particular) forjó su carácter colectivo gracias a la simbiosis orgánica entre los pueblos del bosque eslavo y los nómadas de la estepa, conservando una relación profunda con el paisaje continental. Desde esta perspectiva, Gumilev contrasta la vitalidad rusa con las naciones de Europa occidental, a las que consideraba un súper-etnos más antiguo que había entrado ya en una fase 'inercial' o decadente de su etnogénesis, perdiendo su energía originaria para estancarse en la mera búsqueda del confort material y comercial (Gumilev, 1990, pp. 99, 138-139, 195). Esta idea del vínculo campesino refuerza una noción de pureza e inocencia del pueblo ruso, que habría resistido la corrupción y desnaturalización sufrida por los pueblos de occidente a través del desarrollo de sus clases mercantes que habían resultado en el capitalismo. Vemos en esta visión un eco de la idea de Ilyin de la patria pura e inocente, reivindicando también la excepcionalidad rusa frente a occidente.

En el discurso político contemporáneo, esta idea aparece con frecuencia en la retórica oficial del Kremlin. Putin ha defendido en varias ocasiones la idea de que rusos, ucranianos y bielorrusos comparten un origen histórico en la Rus de Kiev, origen común que constituye el fundamento de una comunidad cultural y espiritual más amplia. En su ensayo publicado en 2021, *Sobre la unidad histórica de los rusos y los ucranianos*, Putin sostiene literalmente que estos pueblos son “un solo pueblo, un todo único” que comparte “esencialmente el mismo espacio histórico y espiritual”, y cuya fragmentación política es relativamente reciente. Desde esta perspectiva, las fronteras surgidas tras el colapso de la URSS no reflejarían necesariamente la realidad histórica de la región. La noción de una civilización rusa más amplia que la propia Rusia permite así articular un relato en el que Rusia aparece como el centro de ese espacio cultural, la Madre Rusia, y que engloba a los pueblos del antiguo territorio imperial y soviético. Este tipo de interpretaciones se conecta directamente con el concepto del *Russkiy Mir* o «mundo ruso», que el Kremlin ha utilizado en diversas ocasiones para referirse al conjunto de los Estados que hasta 1991 formaban parte de la URSS (Torbakov, 2019, p. 47).

La influencia de esta visión también puede observarse en proyectos de integración regional impulsados por Moscú en las últimas décadas. Entre ellos destaca la creación de la Unión Económica Euroasiática en 2015, una organización destinada a promover la cooperación económica entre varios países del espacio postsoviético. Aunque oficialmente presentada como una iniciativa puramente económica, algunos analistas consideran que este proyecto refleja también la aspiración de Rusia de eventualmente reconstruir su influencia regional en Eurasia para erigirse como un centro de poder frente a Occidente (Karaganov, 2014, sec. «Russian Policy: Prospects», párr. 5; Torbakov, 2019, p. 46).

4.4 Eurasia frente a Occidente

Uno de los rasgos fundamentales del pensamiento eurasianista es su oposición a la visión occidental del desarrollo histórico. Desde el punto de vista de esta corriente el modelo político, económico y cultural dominante en Europa occidental no puede considerarse universal, sino que representa únicamente una de las posibles trayectorias de desarrollo para una civilización. Como tal, los intentos de interpretar la historia rusa utilizando categorías y conceptos occidentales conducen a una visión incompleta o distorsionada de su desarrollo histórico. Esta interpretación ha sido retomada con frecuencia en el discurso político ruso contemporáneo, donde el conflicto entre Rusia y Occidente se presenta a menudo como una confrontación entre civilizaciones con valores y tradiciones diferentes. Según esta perspectiva, Rusia habría intentado en diversas ocasiones integrarse en el sistema europeo sin llegar nunca a ser plenamente aceptada como parte de él. Esta percepción se intensificó tras el final de la Guerra Fría, cuando la expansión de organizaciones occidentales como la OTAN o la UE hacia Europa oriental fue interpretada por las élites rusas como una amenaza directa, una invasión de su esfera de influencia histórica que por naturaleza y por derecho forma parte de la órbita de la civilización rusa (Karaganov, 2014, sec. «Russian Motives»).

El eurasianismo propone una alternativa a este orden internacional dominado por Occidente mediante la idea de un sistema multipolar en el que varias civilizaciones —incluidas Rusia, China o el mundo islámico— desempeñan un papel autónomo en la política global. Esta visión ha sido defendida por diversos autores contemporáneos, notablemente el filósofo político Aleksandr Dugin, quien sostiene que el mundo surgido del fin de la Guerra Fría debería organizarse en torno a grandes espacios civilizatorios o esferas de influencia capaces de contrarrestar la hegemonía cultural y geopolítica de Occidente (Dugin, 2012, pp. 155-159). Esto supone, por supuesto, un rechazo total del orden internacional basado en normas e igualdad entre Estados que la mayoría de países occidentales habían sostenido tras la Segunda Guerra Mundial. En su lugar, Dugin propone un modelo en el que las grandes potencias se dividen el mundo, una fractura del bloque atlantista que ideólogos rusos vieron factible al considerar que posturas aislacionistas recientes en EE. UU., como las surgidas durante la administración Trump, representaban una oportunidad para que Washington renunciara a su hegemonía global y aceptara replegarse a sus propias fronteras (Fellows, 2018, pp. 89-90).

En su formulación más tajante, Gumilev dotó a esa civilización de una misión expansiva: su lectura de la historia y de la pasionaridad puede leerse como un argumento teleológico para la proyección rusa en Eurasia como un proceso orgánico frente a la decadencia atlantista (Laruelle, 2008, pp. 73-74). Timothy Snyder resume críticamente esta línea en *The Road to Unfreedom*, señalando que la experiencia bajo el dominio mongol confería a Rusia un vigor histórico que, en

la mentalidad de los nuevos eurasianistas, la predispone a imponerse sobre Occidente. Lejos de buscar la mera coexistencia, Snyder advierte que el destino del proyecto euroasiático contemporáneo es disolver las instituciones basadas en el derecho, como la Unión Europea, para exportar su modelo autoritario oligárquico (la “política de la eternidad”) hacia el oeste (Snyder, 2018 B, pról. y cap. 3). Aunque las interpretaciones de Gumilev son científicamente discutibles, sirven para comprender por qué ciertos elementos de la élite intelectual y política rusa han encontrado en ellas un imperativo cultural, casi biológico, para justificar orientaciones expansionistas o revanchistas en su política exterior (Laruelle, 2008, pp. 51, 80-83).

4.5 Influencia del eurasianismo en el discurso político ruso

En las últimas dos décadas, el eurasianismo ha adquirido una presencia significativa en el discurso político ruso. Conceptos como la multipolaridad, civilización rusa o espacio euroasiático aparecen con frecuencia en declaraciones oficiales, documentos estratégicos y debates académicos sobre el papel de Rusia en el sistema internacional. Sin embargo, la relación entre estas ideas y la política exterior rusa, como hemos comentado, es compleja y ha sido objeto de debate entre los especialistas y analistas geopolíticos.

La investigadora Marlene Laruelle señala que, aunque el eurasianismo ha influido en determinados círculos intelectuales y políticos, cuesta determinar su impacto real en la toma de decisiones estratégicas del Kremlin, que puede ser menor de lo que podríamos suponer (Laruelle, 2008, pp. 8-11, 222-223). En muchos casos, estas ideas funcionan principalmente como un repertorio simbólico que permite legitimar determinadas orientaciones políticas, una idea aglutinante que busca avivar las llamas del nacionalismo e influir en la visión que los rusos tienen sobre sí mismos, su país y el rol de este en el mundo, más que como la base de una doctrina ideológica coherente (Laruelle, 2021, pp. 158, 161).

En este sentido, las referencias a la civilización rusa o la multipolaridad internacional cumplen una función importante en la construcción de una narrativa política que presenta a Rusia como una potencia con una identidad histórica propia y un papel específico en el orden mundial. Tras el colapso de la Unión Soviética, el Estado ruso encontró en las ideas principales del eurasianismo una forma de redefinir su identidad nacional y su posición en el mundo, proporcionando gran parte del lenguaje ideológico utilizado para articular esa nueva identidad.

En definitiva, el eurasianismo y las ideas de Gumilev no deben interpretarse necesariamente como una ideología estatal plenamente articulada, sino más bien como un conjunto de ideas históricas, culturales y geopolíticas que contribuyen a explicar la forma en que Rusia concibe su lugar en el mundo contemporáneo. Estas ideas, combinadas con otras influencias intelectuales como el

pensamiento de Ilyin, el realismo tradicional de las Relaciones Internacionales, las ideas de Huntington sobre el Choque de Civilizaciones o las ideas de Carl Schmitt sobre el “ellos y nosotros” entre otras han contribuido a conformar un marco ideológico dentro del cual el régimen de Vladimir Putin interpreta la historia rusa de tal forma que legitime sus políticas como parte de un plan para cumplir la misión de restaurar el papel que le corresponde a Rusia en el tablero internacional.

CAPÍTULO 5

CARL SCHMITT Y LA LÓGICA GEOPOLÍTICA DEL KREMLIN

5.1 El concepto de lo político: amigo y enemigo

El célebre jurista y filósofo político alemán, uno de los principales artífices del Derecho que dio forma a la Alemania Nazi, define lo político a partir de la distinción antropológica fundamental entre amigo y enemigo. En *El concepto de lo político* (1932) afirma que el enemigo «simplemente es el otro, el extraño, y para determinar su esencia basta con que sea existencialmente distinto y extraño en un sentido particularmente intensivo» (Schmitt, 1932/1991, p. 51). Como tal, la esencia de la política reside en la posibilidad de conflicto armado y violencia física contra ese otro grupo identificado como enemigo (Schmitt, 1932/1991, p. 54). El eco de esta visión de la política lo podemos ver en la propaganda oficial rusa cuando caracterizan a Occidente (y por extensión a cualquier disidencia interna) como enemigos absolutos de la nación. En este sentido, la reducción de la política a la dicotomía amigo-enemigo se ha convertido en una lógica central del discurso putinista, estructurando tanto su política exterior —enmarcada como una guerra defensiva por la supervivencia—, como su política interior, donde la represión se justifica como una protección frente a la subversión (Porokhvoi, 2025, p. 32).

La recepción contemporánea de Schmitt en el contexto ruso ha pasado por una adaptación selectiva: sus categorías de amigo/enemigo y la idea de soberanía como decisión sobre el estado de excepción, fundamentada en la célebre premisa que abre su obra dictaminando que «soberano es quien decide sobre el estado de excepción» (Schmitt, 1922/1985, p. 5) han sido recicladas en discursos que buscan legitimar la exclusión y la coerción frente a opositores internos y actores externos (Porokhvoi, 2025, p. 31). Autores como Stefan Auer y Johannes Regembrecht han mostrado cómo ese vocabulario teórico proporciona al Kremlin herramientas conceptuales para identificar amenazas y justificar medidas de excepción (Auer, 2015, pp. 959-960; Regembrecht, 2025). La apropiación no es mecánica: Schmitt ofrece un léxico que facilita la normalización de

prácticas autoritarias bajo la lógica de la defensa existencial, donde lo primordial es proteger el «propio modo de existencia» frente al extranjero que lo niega (Schmitt, 1932/1991, p. 52; Porokhovoi, 2025, p. 33).

Aunque Vladimir Putin no suele incorporar el nombre de Schmitt de forma nominal o explícita en sus discursos, en la práctica el Kremlin ha asumido totalmente esta convergencia de ideas (Porokhovoi, 2025, p. 33). Putin ensalza su poder en términos de estado de excepción schmittiano, declarándose único garante de la seguridad nacional más allá del derecho ordinario. En la práctica, el uso de poderes de emergencia y el control sobre el sistema judicial demuestran cómo Putin ha glorificado su autocracia como un «estado de excepción» permanente al servicio de la nación (Porokhovoi, 2025, p. 33). Bajo la lógica schmittiana, la limitación o suspensión de los derechos individuales se presenta como necesaria y las garantías jurídicas se apartan en aras de la defensa contra un enemigo externo. En definitiva, la distinción «amigo-enemigo», núcleo de la concepción schmittiana de lo político, ha sido asumida por la narrativa oficial rusa: quien no esté con nosotros es un «otro» hostil cuya eliminación o neutralización no solo es legítima, sino que constituye la máxima premisa y la posibilidad real de la política en caso de conflicto extremo (Schmitt, 1932/1991, p. 54; Porokhovoi, 2025, p. 31).

5.2 Schmitt y el realismo geopolítico

Schmitt entendía la soberanía como el poder decisorio último. Su máxima, «el soberano es quien decide sobre el estado de excepción» (Schmitt, 1922/1985, p. 5), resume la idea de que la autoridad política definitiva está por encima del derecho vigente. Stefan Auer subraya que «Rusia, particularmente desde 2008, puede entenderse mejor a través de algunos de los conceptos clave que ocupaban a Schmitt: la soberanía, 'lo político' y la geopolítica» (Auer, 2015, p. 955). Efectivamente, para el Kremlin el realismo geopolítico implica que la fuerza y la voluntad de poder de un Estado (su soberanía «excepcional») justifican acciones unilaterales. Putin encarna este modelo: su régimen adopta explícitamente la lógica de un Estado que puede imponer sus fines más allá de las normas internacionales comunes, presentando sus decisiones como soberanas y necesarias. En el pensamiento schmittiano, el soberano no es necesariamente aquel al que la norma suprema (constitucional) califica como tal, sino aquel que ostenta el poder real o fáctico para suspender el ordenamiento jurídico, revelando en la situación de excepción que «la autoridad demuestra que para crear derecho no hace falta tener derecho» (Schmitt, 1922/1985, p. 13.). En la Rusia actual, esto conlleva la negación de controles judiciales independientes y la pretensión de un «derecho diferenciado» para el gran poder (Porokhovoi, 2025, p. 33)

5.3 Grandes espacios y esferas de influencia

En los años 30, Schmitt acuñó el término *Großraum* (gran espacio) para describir regiones continentales dominadas por una potencia rectora. Teóricos contemporáneos señalan que Schmitt concebía el *Großraum* como un nuevo ordenamiento jurídico internacional destinado a sustituir el principio de igualdad entre Estados soberanos por una jerarquía de imperios (*Reichs*) fundamentada en el espacio, la ideología y la cultura (Fellows, 2018, p. 184; Snyder, 2018 B, cap. 3). Como ejemplo de esta construcción intencionada, se utilizaba el paradigma de la Doctrina Monroe como el principio de un gran espacio americano ordenado bajo una sola idea política, cuyo objetivo expreso era impedir que otras potencias intervinieran y convirtieran en títeres, o incluso nuevamente en posesiones directas, a las nuevas naciones independientes surgidas en América Latina (Fellows, 2018, p. 184).

Este esquema ha sido adaptado por ideólogos rusos contemporáneos. Aleksandr Dugin, filósofo nacionalista cercano al Kremlin, aplica la idea del *Großraum* schmittiano para imaginar la restauración de una «Gran Rusia» que recupere las antiguas repúblicas soviéticas (Laruelle, 2008, pp. 116-117). Más aún, extrapola el modelo a escala global en su célebre obra *Fundamentos de Geopolítica*: propone un «mundo multipolar» armonizado en macro-espacios continentales, cada uno equivalente a un *Großraum* schmittiano (Dugin, 1997, Parte 1, cap. 9, secc. 9.6). A su juicio, el mundo debe reorganizarse en una confederación de grandes espacios, identificando cuatro imperios continentales fundamentales: el europeo (en torno a Alemania y Europa Central), el del Pacífico (en torno a Japón), el de Asia Central (en torno a Irán) y el ruso en el centro (Fellows, 2018, p. 220). Según su doctrina, todos ellos deben unirse orgánicamente y expandirse a costa del espacio atlantista, convirtiendo a EE. UU. en el enemigo geopolítico principal a erradicar para asegurar la supervivencia de la civilización euroasiática (Dugin, 1997, Parte 2, cap. 2, secc. 2.7; Laruelle, 2008, pp. 116-117; Fellows, 2018, pp. 220-221).

La categoría schmittiana del *Großraum* ha sido traducida y ampliada por Dugin, que toma la noción de esferas de influencia y la alinea con los intereses de la Rusia actual⁷. Dugin ofrece en *La Cuarta Teoría Política* (2012) y en *Geopolítica del Mundo Multipolar* (2017) una versión «rusificada» de la lógica schmittiana: un enemigo externo permanente, la legitimidad de esferas exclusivas y la prioridad de la soberanía hegemónica (Dugin, 2012, pp. 155-156, 202-203). Aunque el grado de influencia directa de Dugin sobre la política oficial del Kremlin es dudosa, pues nunca ha ocupado cargos gubernamentales de poder y carece de influencia personal sobre Putin (Porokhovoi, 2025, p. 34; Fellows, 2018, p. 72), su trabajo sintetiza y radicaliza discursos presentes en círculos nacionalistas y afines en el extranjero (Fellows, 2018, pp. 102-103),

⁷ Sobre la influencia del concepto de *Lebensraum* y los geopolíticos alemanes en Dugin, véase Fellows, 2018, pp. 46-47, 74.

mostrando cómo las ideas de Schmitt pueden ser reinterpretadas en clave euroasiática para justificar proyectos de dominio regional.

En la práctica rusa contemporánea esta visión se traduce en lo que podríamos llamar una soberanía imperial. Regenbrecht resume cuatro «elementos básicos» que definen a Rusia como gran potencia en este contexto: primero, Rusia no se define como un Estado-nación limitado a sus fronteras, sino como un poder hegemónico inscrito en un espacio mayor que las trasciende; segundo, ejerce poder efectivo sobre Estados vecinos de soberanía restringida dentro de su «espacio metropolitano»; tercero, promueve una «idea política» unificadora que consolida a los pueblos de ese espacio; y cuarto, su zona de influencia es exclusiva, por lo que la presencia militar de terceros en ese espacio euroasiático es inadmisible (Regenbrecht, 2025, sección *Russland und die «Großraumordnung»*, párr. 11). Bajo este prisma, países como Ucrania no se ven como naciones independientes de pleno derecho, sino como entes de soberanía limitada. Siguiendo a Schmitt, estos Estados «a la sombra de los imperios» carecen de plena subjetividad legal internacional para entrar en alianzas ajenas a su respectivo hegemon (Porokhovoi, 2025, p. 32). En el discurso ruso actual, esto equivale a decir que el vecino se integra en un orden ruso-eslavo donde pierde su estatus político autónomo, pues pasa a ser el hegemon imperial el único que conserva el *ius belli*, esto es, “la posibilidad real de, llegado el caso, determinar por propia decisión quién es el enemigo y combatirlo” (Schmitt, 1932/1991, p. 67).

5.4 Schmitt en la interpretación rusa del orden internacional

La interpretación schmittiana de los grandes espacios (*Großräume*) conduce a un concepto de orden internacional ajeno a los valores universales occidentales. Schmitt ya advirtió que el universalismo humanitario encubre una pretensión de hegemonía, operando como «un instrumento de lo más útil para las expansiones imperialistas» y como un «vehículo específico de imperialismo económico» (Schmitt, 1991, p. 84). En sintonía con esto, Moscú rechaza las reglas del liberalismo mundial considerándolas un imperialismo de valores. El propio Putin señaló en la Conferencia de Seguridad de Múnich (2007) que Occidente carece de autoridad moral y utiliza la protección de los derechos humanos para imponer sus políticas «económicas, culturales y educativas» a otras naciones bajo un doble rasero (Krishnan, 2019, p. 34). Según esta visión, la noción de orden internacional se sustituye por la coexistencia de potencias hegemónicas, donde cada civilización tiene plena soberanía y rechaza la intervención extrarregional (Porokhovoi, 2025, p. 32).

En la práctica, la élite rusa ha articulado estas ideas para legitimar sus objetivos geopolíticos. El relato oficial considera ilegítima cualquier expansión occidental (OTAN o UE) en lo que Rusia considera su esfera, reclamando para sí la consolidación de este espacio. Así, el conflicto ucraniano se explica como la defensa del Gran Espacio ruso. Según Regenbrecht, bajo la lógica del *Großraum schmittiano*, Putin busca restaurar la Gran Rusia imponiendo a Ucrania una soberanía muy limitada (Regenbrecht, 2025, sección Putin, Trump und die Ukraine-Verhandlungen, párr. 2). Esto se refleja en el ultimátum previo a la invasión: Kiev debía renunciar a unirse a la OTAN, neutralizarse militarmente y ceder a Moscú el control y el derecho de veto sobre su orientación estratégica exterior. En este orden, la anexión de Crimea o la ocupación del Donbás no se presentan como agresiones, sino como actos puramente reactivos para restaurar el orden justo en el *Großraum* ruso, defendiéndolo ante la continua expansión del *Großraum* norteamericano y europeo (Laruelle, 2020, p. 109).

5.5 La guerra como instrumento legítimo

En la tradición schmittiana la guerra no es ningún tabú, sino un recurso político normalizado cuando la supervivencia del espacio político lo exige. En esencia, es una visión que se resume en las célebres palabras de Clausewitz; la guerra es la «continuación de la política por otros medios». Schmitt la concibe como el presupuesto siempre presente y la posibilidad real de lo político (Schmitt, 1932/1991, p. 54). En la práctica actual rusa, esta lógica se despliega plenamente. La propaganda oficial justifica abiertamente la guerra como medio legítimo para la defensa nacional y la reconstrucción del orden. En los medios estatales se glorifica el sacrificio en combate. El patriarca Kirill proclamó que quien muere «fiel a su deber» realiza «un acto equivalente a un sacrificio» que expía los pecados y ennoblece al caído. Esta glorificación entronca directamente con las ideas de Iván Ilyin, reintroducidas por la Iglesia Ortodoxa Rusa, donde el acto violento se sacraliza y la «purificación del alma» se convierte en condición para vencer al mal (Kytöneva, 2025, sec. 'Case study: Ilyin's ideas and their role in advocating for stronger military-church relations', párr. 4).

En el ámbito militar, el propio alto mando ruso ha asumido la guerra como una actividad omnipresente. Bajo conceptos como la Guerra de Nueva Generación (NGW) u «operación especial» articulados por teóricos rusos, los generales combinan medios convencionales, irregulares e informativos sin reparar en fronteras jurídicas. Aunque formalmente siempre se rechaza el término guerra, las doctrinas militares interpretan la realidad como un espectro bélico total: desde la guerra híbrida y cibernética hasta la ocupación territorial, todas son acciones que se admiten como herramientas legítimas de conflicto político. En última instancia, la lógica

schmittiana que ha impregnado la visión del Kremlin convierte la guerra en una herramienta política cuando se invoca la supervivencia de la civilización rusa. El Estado asume la prerrogativa de castigar o aniquilar al enemigo (interno o externo), abandonando las guerras acotadas para entrar en el ámbito de una “enemistad verdadera, que se enreda en un círculo de terror y contraterror hasta la aniquilación total” (Schmitt, 1966, sec. 1, párr. 1), como garantía de la continuidad del gran espacio ruso. Así, en su narrativa, la lucha armada contra Occidente o contra cualquier territorio «históricamente ruso» no sólo es posible, sino moralmente justificada en defensa del orden que ese Estado proclama poseer (Porokhovoi, 2025, p. 31).

CAPÍTULO 6

IDEOLOGÍA Y POLÍTICA EXTERIOR

6.1 El concepto del *Russkiy Mir*

El *Russkiy Mir* funciona como el marco ideológico central que articula la identidad, la legitimidad y los reclamos transfronterizos del Kremlin. Concebido como una comunidad cultural y espiritual, incluye a los hablantes de ruso, a los fieles ortodoxos y a quienes comparten la herencia histórica de la Rus de Kiev (Porokhovoi, 2025, p. 40; Torbakov, 2019, p. 47). En la práctica, este concepto se traduce en políticas de «protección de compatriotas» que sirven como pretexto para presionar o intervenir en gobiernos vecinos que pertenezcan a ese espacio de influencia (Torbakov, 2019, p. 37; Porokhovoi, 2025, p. 40). En la retórica oficial, el *Russkiy Mir* ofrece una justificación moral para la acción exterior, colapsando lo geopolítico y lo moral en una única narrativa de unidad protectora que presenta las intervenciones y la asertividad estratégica como un imperativo moral y una obligación histórica, más que como meros intereses estatales (Porokhovoi, 2025, pp. 40-41). De esta manera, la territorialidad estatal y las fronteras se ven subordinadas a una concepción orgánica de la «civilización rusa» y su «super-etnos», lo cual remite a las ideas eurasianistas de Gumilev (Porokhovoi, 2025, p. 28), y a repertorios geopolíticos como la distinción amigo-enemigo o la teoría de los grandes espacios (Großraum), formulados originalmente por Carl Schmitt y adaptados por el neo-eurasianismo de Aleksandr Dugin⁸.

Esta matriz simbólica opera en dos planos: internamente, refuerza la idea de misión histórica que legitima sacrificios y la suspensión de libertades en nombre de la defensa y restitución nacional, mientras que externamente sirve de argumento para intervenciones «humanitarias» o protectoras

⁸ Sobre la distinción amigo/enemigo, véase Schmitt, 1932/1991, p. 51; sobre el Großraum, véase Schmitt, 1939/2009, pp. 11, 22, 64; véase también Porokhovoi, 2025, pp. 31-32

que intentan naturalizar la coacción como deber moral y acción necesaria para la protección del espacio ruso. No obstante, la instrumentalización del Russkiy Mir como concepto exhibe tensiones prácticas y límites: politizar la religión y la cultura provoca fricciones con comunidades locales y con instituciones religiosas autocéfalas (la autocefalia ucraniana de 2019 es un ejemplo de cómo el relato religioso panruso puede fracturarse), lo que demuestra que la autoridad simbólica de Moscú no es automática fuera de su territorio (Plokhy, 2015, cap. 26, párr. 11 y Epílogo, párr. 10; Galeotti, 2019, cap. 3, párr. 11).

6.2 Nacionalismo y legitimidad interna del régimen

El nacionalismo instrumentalizado por el Kremlin constituye la columna vertebral de una legitimidad híbrida: no liberal-democrática en el sentido clásico, pero efectiva cuando consigue vender a la población una vuelta al orden, orgullo nacional y restitución de estatus perdido tras los años 90, todo ello acompañado y ejemplificado, al menos hasta hace poco, con un mayor nivel de vida y apertura hacia el mundo (conviene recordar, por ejemplo, que menos de cuatro años antes de la invasión de Ucrania, Rusia fue la anfitriona del mundial). Las campañas exteriores y su teatralización se convierten en rituales de reafirmación que transforman acciones estatales en símbolos de reconstrucción nacional, mientras la maquinaria mediática y educativa homologa la narrativa oficial, presentando la coerción como defensa y la discrepancia como traición (Applebaum, 2020, caps. 1 y 2.; Pomerantsev, 2019, partes 1 y 2.; Porokhovoi, 2025, p. 39).

La plasticidad ideológica del sistema permite combinar repertorios diversos (Ilyin, eurasianismo, ideas schmittianas) con una finalidad instrumental: suministrar marcos interpretativos útiles para la cooptación y la represión más que la coherencia doctrinal (Laruelle, 2021, pp. 158, 160). Esta plasticidad discursiva permite al régimen integrar elementos contradictorios —como la nostalgia soviética, el renacimiento ortodoxo y la grandeza imperial— en un ecosistema ideológico que, aunque fragmentado, resulta de una utilidad innegable (Porokhovoi, 2025, pp. 11, 38). Este arreglo político sobrevive mientras el discurso de grandeza se perciba como correspondido por capacidades materiales visibles (victorias geopolíticas, beneficios económicos, orden público). Históricamente, Putin prometió a los rusos orden y prosperidad a cambio de tolerar su autoritarismo; pero cuando esta correspondencia material falla, la legitimidad basada en el nacionalismo se vuelve vulnerable y obliga al régimen a reforzar el pilar del prestigio exterior (Hill y Gaddy, 2015, caps. 10, 14; Mendras, 2015, p. 80).

Esto se sostiene gracias al control mediático y represivo, redistribuciones selectivas a sectores clave, cooptación oligárquica y rituales públicos que refuerzan la adhesión simbólica. Pero la eficacia de estos instrumentos muestra límites claros frente a derrotas militares prolongadas, costes económicos crecientes y la exposición de pérdidas, y frente a segmentos urbanos de la

población y jóvenes con acceso a fuentes alternativas de información. Por tanto, el nacionalismo sirve hoy como herramienta de legitimación efectiva a corto plazo, pero con fragilidades estructurales y una eficacia condicionada a los éxitos y fracasos materiales del régimen.

6.3 Chechenia: el restablecimiento del Estado

Las dos guerras de Chechenia (1994-1996; 1999-2009) fueron incorporadas al relato oficial como prueba material de la renovada capacidad del Estado para restaurar el orden tras el colapso postsoviético y como precedente legitimador de una política exterior y de seguridad basada en la afirmación de la integridad territorial y la autoridad central de la nueva Federación Rusa (Fellows, 2018, p. 77; Sarotte, 2021, p. 327). En la narrativa pública que ha acompañado al putinismo a lo largo de su hegemonía en la vida política rusa, la rebelión chechena pasó a interpretarse no solo como una insurgencia local sino como una amenaza externamente instrumentalizada contra la continuidad del espacio ruso (Fellows, 2018, pp. 76-77; Sarotte, 2021, pp. 327-328). Esta percepción de subversión externa como amenaza existencial ha permitido repetidamente al Kremlin presentar medidas de guerra y medidas crecientemente autoritarias como respuestas necesarias para la defensa de la nación (Khodorkovsky, 2023, cap. 6, párr. 3). Desde una óptica ideológica eurasianista, la respuesta rusa encajaba con la idea de continuidad imperial. La incorporación forzada o la domesticación de periferias rebeldes se veía como la reafirmación de una misión civilizadora que trasciende la simple lógica estatal y se funda en una concepción orgánica del espacio ruso (Gumilev, 1990, pp. 109, 136; Laruelle, 2008, 32-33, 75; Fellows, 2018, pp. 83-84)

Políticamente, la campaña chechena de finales de los años 90 sirvió a Putin para proyectar estabilidad y firmeza después de la convulsión de la década anterior. La narrativa de “terrorismo” permitió desacreditar disidencias y pasar de la fragmentación política a la concentración progresiva del poder, tanto político como económico, en menos manos. Desde el prisma schmittiano, esta maniobra ejemplifica cómo el Estado, para asegurar la pacificación en el interior de su territorio, ejerce su potestas de declarar un adversario interior como enemigo, despojándolo de su legitimidad política para justificar su neutralización extralegal (Schmitt, 1932/1991, p. 68). Mientras tanto, la instalación de liderazgos locales afines (como el de Ramzan Kadyrov en Chechenia) demostró la eficacia de una combinación equilibrada de represión, cooptación y reconstrucción clientelar. En términos sociales, el conflicto sirvió para normalizar la idea de que la preservación del orden interno puede justificar medidas extremas, una lección que el aparato ideológico estatal ha reciclado en dos direcciones:

- a) Como antecedente válido para intervenciones posteriores en la vecindad postsoviética

- b) Como instrumento de domesticación política interna, donde la seguridad y la unidad se convierten en prioridad sobre las libertades civiles (Snyder, 2018 B, cap. 2; Pomerantsev, 2019, parte 2).

Sin embargo, no se puede obviar tampoco que esta legitimación tuvo costes. El recurso reiterado a la fuerza y la impunidad propiciaron dinámicas de militarización regional y erosionaron la confianza en el Estado en ciertos sectores poblacionales y regiones de la periferia, creando tensiones sociales que reaparecerían en otros contextos geopolíticos.

6.4 Georgia: el retorno de la política de poder

La década de los años 2000 trajo una regeneración, crecimiento y apertura económica al mercado mundial, especialmente al europeo, considerable, pero culminó en otra acción que nos muestra por primera vez de manera más explícita la lógica de esferas de influencia que mueve la política exterior del Kremlin. La guerra de agosto de 2008 en Georgia representó una puesta en práctica de esta lógica. La intervención militar fue interpretada tanto por Moscú como por observadores externos como un mensaje claro: Rusia no aceptaría la consolidación de un statu quo post-Guerra Fría que excluyese su poder decisorio en su periferia (Sherr, 2009). Ideológicamente, la operación se inscribió en la tesis del *Russkiy Mir* y en la narrativa de protección de «compatriotas» —rusos étnicos en el exterior de sus fronteras—, una herencia de la Unión Soviética que fue casi exactamente la misma que usaría más tarde el Kremlin para justificar la anexión de Crimea y posteriormente la invasión total de Ucrania, así como lo que propició la creación de un enclave separatista en Moldavia (Transnistria) y dolores de cabeza constantes para miembros de la OTAN como los Estados bálticos.

Similar al caso de Transnistria, y de una forma que posteriormente sería casi calcada en Ucrania con las repúblicas de Donetsk y Lugansk, la guerra en Georgia permitió la creación de dos enclaves controlados (Abjasia y Osetia del Sur) que operan como palancas de presión política, diplomática y militar frente a Tiflis y como instrumentos disuasorios frente a la expansión occidental en la región. Autores que examinan la política de poder rusa subrayan que el episodio de 2008 fue menos un arrebato táctico que una demostración estratégica y calculada, destinada a reinstaurar la idea de que las aspiraciones de autonomía de los Estados postsoviéticos encontrarían una respuesta coercitiva si cruzaban determinadas líneas y de que Occidente era demasiado débil para hacer nada al respecto (Illarionov, 2009; Galeotti, 2019, Introducción, párr. 15.). En clave teórica, la instrumentalización de estos enclaves periféricos no es más que la afirmación práctica de la soberanía estatal a través del *ius belli*: el Kremlin demuestra que conserva la potestad exclusiva de decidir quién es el enemigo y de utilizar la violencia para repeler cualquier injerencia en su ordenamiento espacial (Schmitt, 1932/1991, p. 67). Asimismo, la intervención mostró la

capacidad del régimen para traducir objetivos geopolíticos en símbolos nacionales de soberanía restaurada, generando internamente efectos de legitimación que compensaron (al menos inicialmente) los costes diplomáticos. Sin embargo, la militarización de la frontera y la creación de «zonas congeladas» también consolidaron fuentes permanentes de inestabilidad regional y proporcionaron los primeros argumentos a Occidente para endurecer políticas y alianzas, mientras que para Rusia supuso una demostración pragmática de la ambición imperial y los límites materiales de su proyección (Laruelle, 2021, p. 150, Snyder, 2018 B, cap. 4).

6.5 Ucrania: imperio, identidad y guerra

Las intervenciones militares y previos actos de subversión en Ucrania, desde la toma de Crimea en 2014 hasta la invasión a gran escala iniciada en 2022, ejemplifican de la forma más nítida la intersección entre ideología e intereses estratégicos percibidos en la praxis exterior del Kremlin. En el imaginario oficial, Ucrania no es interpretada como un Estado plenamente separado, sino como parte de un continuum civilizatorio y cultural que forma el núcleo del Russkiy Mir (Torbakov, 2019, p. 47). Por tanto, las aspiraciones europeístas o euroatlánticas de Kiev no se leían como una posición diplomática inconveniente pero legítima de un vecino, sino como una fractura inaceptable del «espacio ruso» y como una amenaza a la integridad histórica de la nación (Sarotte, 2021, p. 127; Sonin, 2024, p. 6). La anexión de Crimea fue presentada como corrección histórica y protección de la población rusoparlante mediante un referéndum cuyo valor legal y democrático fue ampliamente disputado internacionalmente (si bien de haber sido una votación totalmente libre y sin sospechas de fraude, era altamente probable que triunfara la anexión a Rusia) (Sonin, 2024, p. 6). La narrativa justificatoria repitió elementos clásicos: victimización, deber civilizatorio y tránsito desde la pasividad a la acción protectora (Snyder, 2018 A, párrs. 25, 45-46). A partir de 2022, la retórica se radicalizó: elementos de negación de la existencia plena de la nación ucraniana aparecieron en declaraciones públicas, justificando una campaña de conquista que, según el discurso oficial, perseguía objetivos de «desnazificación» y defensa de sus compatriotas al otro lado de la frontera contra una «limpieza étnica» (Nielsen, 2022, párr. 2).

Desde la teoría internacional, algunos teóricos realistas como Mearsheimer interpretan parte del conflicto como consecuencia de la expansión occidental y de la reacción rusa a la pérdida de su zona de influencia. Sin embargo, otros autores, por ejemplo, Plokhy (2015,) o McFaul (2018), subrayan el papel de la construcción de identidad ucraniana y factores internos europeos que complican cualquier lectura unívoca del origen del conflicto. En la práctica, la guerra ha tenido efectos contrapuestos sobre la legitimidad doméstica del régimen. Al principio, reforzó el apoyo por la percepción de restauración de estatus, pero con la prolongación del conflicto, los elevados

costes humanos y económicos, las sanciones y la exposición de fracasos tácticos y propagandísticos (culminando en el último desfile de la victoria de este año) amenazan cada vez más con erosionar la aceptación ciega, mostrando los límites de una legitimidad cimentada excesivamente en éxitos externos (Khodorkovsky, 2023, p. 4). Vimos en 2023 una importante grieta en el control aparentemente incuestionable de Putin cuando el grupo Wagner puso rumbo a Moscú en rebelión abierta, liderado por Yevgueny Prigozhin, si bien este golpe se fue disolviendo como un azucarillo a medida que avanzaba hasta quedar en nada. La escala y duración de la «operación especial» han puesto en evidencia la tensión entre una política exterior con ambiciones imperiales y la capacidad del Estado para sostenerla sin consecuencias profundamente negativas y potencialmente catastróficas (Sonin, 2024, p. 14).

El desarrollo de la guerra en el último año y la transición a la guerra de drones actual le está dando definitivamente la vuelta a la narrativa rusa de una victoria inevitable entorpecida por la injerencia occidental. El desfile de la victoria de este año perdió gran parte de su músculo simbólico no solo por cuestiones de practicidad y de que la mayoría de recursos militares se necesitaban en el frente, sino por motivos de seguridad. Es un signo visible de que el Kremlin cada vez tiene más difícil ocultar sus pérdidas materiales y su vulnerabilidad contra ataques con drones por parte de Kiev, lo que ha minado la eficacia propagandística de un ritual central para la legitimidad y la narrativa oficial. Informes y análisis de think tanks y medios reputados subrayan que estos recortes y filtraciones sobre pérdidas militares, que han empezado a verse en los propios canales de Telegram de blogueros prorrusos y cuyas cifras han llegado a ser demasiado elevadas como para ser ignoradas, estimadas en decenas o cientos de miles de soldados caídos, cerca de un millón de rusos exiliados y miles de piezas de equipo militar destruidas (Sonin, 2024, pp. 1, 5), así como los ataques crecientes a poblaciones e infraestructura en territorio ruso, principalmente la petrolera, han facilitado derrotas propagandísticas crecientes: la cancelación o acotamiento de actos, la suspensión del «Regimiento Inmortal» y la menor duración de los desfiles han sido interpretados como intentos de ocultar debilidades. Esto está obligando al régimen a endurecer el tono y a priorizar la seguridad en el discurso público. Estos fenómenos, combinados con el declive económico provocado por la enquistación de la guerra y las sanciones, están erosionando gradualmente la capacidad del relato exterior para sostener la legitimidad interna sin apoyos materialmente visibles, puesto que, como señalan diversos analistas, la guerra está exprimiendo los recursos necesarios para el desarrollo del país y socavando dramáticamente la propia estabilidad del régimen (Sonin, 2024, pp. 2-3; Khodorkovsky, 2023, p. 4).

CAPÍTULO 7

EL PUTINISMO Y LA SOCIEDAD RUSA

7.1 Nacionalismo y memoria histórica

La reconstrucción de un relato nacional que remedie la percibida humillación postsoviética constituye el eje simbólico del proyecto político del Kremlin. Ese relato combina tres hilos: la idealización del pasado imperial y soviético, la representación de Rusia como víctima permanente de conspiraciones externas y la reivindicación de una comunidad orgánica basada en la etnia, la lengua y la fe (Porokhovoi, 2025, pp. 39-40). Estas piezas se ensamblan en discursos oficiales, programas educativos y prácticas conmemorativas que buscan producir adhesión y normalizar la injerencia de la política en el día a día (Porokhovoi, 2025, p. 39). Con este propósito, Iván Ilyin por un lado provee la sacralización de la autoridad y la idea de una «inocencia» nacional que es el alma de la nación rusa (Snyder, 2018 B, cap. 1; Porokhovoi, 2025, p. 37). Gumilev aporta la matriz civilizatoria eurasianista que justifica expansiones culturales, políticas e incluso militares bajo la legitimación de la energía cósmica de su súper-etnos (Porokhovoi, 2025, pp. 28-29). Schmitt ofrece la lógica amigo-enemigo como pegamento social, la legitimación de medidas excepcionales y la visión geopolítica de un mundo multipolar dividido en esferas de influencia (Schmitt, 1932/1991, p. 51). Timothy Snyder y Anne Applebaum documentan cómo la manipulación de la memoria y la propaganda traducen estas fuentes en políticas concretas (Snyder, 2018 B, caps. 4 y 5; Applebaum, 2020, caps. 2 y 4).

También es importante subrayar la función estratégica de la victimización histórica. Snyder argumenta que la producción deliberada de una identidad de víctima sirve de prefacio moral a la acción geopolítica: presenta la guerra o la coerción como respuestas necesarias destinadas a reparar injusticias del pasado (Snyder, 2018 B, pról. Y cap. 5). Laruelle añade que corrientes eurasianistas y neopopulistas, aunque intelectualmente heterogéneas, son útiles políticamente porque actúan como repertorios simbólicos maleables que legitiman la expansión rusa en el espacio postsoviético (Laruelle, 2008, pp. 10, 84, 183, 208). Desde esta visión, la invasión de Georgia y de Ucrania no son una agresión, sino un ejercicio de autoridad legítima sobre su esfera, que lleva décadas siendo erosionada por Occidente, y la retórica ante la expansión de la OTAN en el antiguo espacio soviético no se ve como la decisión de Estados soberanos de unirse a una alianza defensiva, sino como la pérdida de territorios frente a un rival geopolítico (Sarotte, 2021, p. 127; Sonin, 2024, p. 6).

Si nos vamos más atrás en la historia rusa, encontramos también como parte fundamental del relato histórico putinista la instrumentalización de la victoria en la Gran Guerra Patriótica (Porokhovoi, 2025, p. 22; Laruelle, 2020, p. 100). El uso de la Gran Victoria y de otras conmemoraciones se conecta con procesos pedagógicos y mediáticos que buscan transformar memoria en deber cívico: museos, desfiles, relatos escolares y películas construyen un imaginario

donde la restauración del estatus internacional aparece como un imperativo histórico (Laruelle, 2021, pp. 44-51; Porokhovoi, 2025, p. 39). Estudios de opinión muestran la eficacia de este paquete simbólico en sectores vulnerables a narrativas de restauración (generaciones que vivieron la desintegración de la URSS y regiones con menor acceso a medios alternativos) (Porokhovoi, 2025, p. 41), pero también deja en evidencia sus límites: los jóvenes urbanos y capas con mayor acceso a fuentes independientes tienden a cuestionar o relativizar esas narrativas. En definitiva, la memoria estatal funciona como tecnología de gobierno que articula identidad, resentimiento y legitimidad, siendo eficaz mientras se condicionen las expectativas y se mantenga una percepción de orden y seguridad (Khodorkovsky, 2023, p. 4; Mendras, 2015, p. 80).

7.2 El papel de la Iglesia Ortodoxa

La Iglesia ortodoxa rusa se ha consolidado como pilar central de la arquitectura ideológica: cooptada institucionalmente por el Estado, proporciona legitimidad moral, rituales de sacralización del poder y una infraestructura social que amplifica los mensajes oficiales en el territorio (Laruelle, 2021, pp. 94-96; Porokhovoi, 2025, p. 47). La restauración del papel público de la Iglesia tras el colapso soviético fue acompañada por acuerdos y proyectos conjuntos que hoy incluyen programas educativos, ceremonias estatales y apoyo explícito a narrativas de defensa de la civilización rusa (Kytöneva, 2025, sec. “Case study: Ilyin’s ideas and their role in advocating stronger military-church relations”, párr. 1). El patriarcado, siendo su máximo representante el patriarca Cirilo (Kirill), ha legitimado la idea de la defensa de compatriotas y ha presentado la guerra y la intervención armada como actos moralmente defendibles cuando se inscriben en la protección de la fe y de la comunidad, en sintonía con la sacralización del sacrificio propia del discurso oficial (Galeotti, 2019, cap. 5, párrs. 2, 8, 10; Kytöneva, 2025, sec. “Case study: Ilyin’s ideas and their role in advocating stronger military-church relations”, párr. 2). Esta fusión de lo sagrado y lo nacional convierte la acción estatal en deber espiritual para amplios sectores y proporciona al poder un revestimiento moral que dificulta la oposición (Porokhovoi, 2025, p. 47).

Simultáneamente, la Iglesia ofrece redes parroquiales, liderazgo local y una presencia en la vida cotidiana que permiten al Estado penetrar ámbitos donde el control directo sería más costoso. Esa capacidad de diseminación social refuerza la eficacia de la propaganda y de las políticas de movilización masiva de la población. No obstante, la alianza Estado-Iglesia no es homogénea ni está exenta de tensiones: la institución eclesiástica mantiene intereses propios, una autonomía relativa y corre el riesgo de que, cuando la política estatal comienza a generar costes sociales perceptibles —como lo lleva haciendo ya un tiempo la abultada cifra de bajas en el frente ucraniano—, la percepción de complicidad erosione la autoridad moral del clero ante la sociedad

(Khodorkovsky, 2023, p. 147). Además, la creciente visibilidad clerical provoca rechazo en algunos sectores de la sociedad que perciben la ampliación del papel público de la Iglesia como regresiva.

Un elemento reciente que altera la esfera simbólica regional es el cisma entre la Iglesia Ortodoxa Ucraniana y la Iglesia Ortodoxa Rusa, con la concesión de la autocefalia por el Patriarcado de Constantinopla (2019) y su reconocimiento por Kiev como vía para afirmar su independencia religiosa y política. Este cisma no solo rompe un vínculo simbólico que el Kremlin consideraba parte evidente del “mundo ruso” (Porokhovoi, 2025, p. 40), sino que ha manifestado en la esfera religiosa una frontera que refleja la frontera política: la emancipación eclesiástica ucraniana ha servido de lema para la narrativa rusa sobre la pérdida territorial y la agresión occidental y, simultáneamente, ha privado al patriarcado ruso de una palanca influyente sobre millones de creyentes en la periferia postsoviética, reduciendo sus aspiraciones universales a las de una religión regional (Khodorkovsky, 2023, p. 147). La reacción del Kremlin (que ha apoyado a clérigos afines dentro de Ucrania y ha utilizado la cuestión para reforzar su discurso sobre la protección de sus «compatriotas») muestra cómo la guerra simbólica por la autoridad religiosa se ha convertido en un componente operativo de la política exterior y de legitimación interna (Porokhovoi, 2025, p. 47). En suma, vemos en este cisma, que sirvió de preludio a la invasión, la extensión del conflicto entre Rusia y Ucrania al terreno religioso, reforzando además la narrativa estatal sobre la defensa de la civilización rusa frente a intentos de subversión y a una creciente desintegración cultural y espiritual."

7.3 Educación, propaganda y construcción del relato nacional

La institucionalización del relato se apoya en reformas educativas y en un ecosistema mediático diseñado para saturar el espacio público con narrativas afines al Estado. En el ámbito escolar, la selección de contenidos, la reforma curricular, los manuales y las actividades conmemorativas (visitas a museos de la Gran Guerra Patria, programas de «patriotismo práctico», ceremonias y misiones de voluntariado con eco militar) constituyen rutinas de socialización política que vinculan la identidad personal con el servicio a la nación (Porokhovoi, 2025, p. 39). Autores como Gumilev y corrientes eurasianistas encuentran así canales formales de transmisión, mientras que la influencia de Ilyin se inscribe en los temarios y en discursos sobre autoridad y deber cívico; el sistema educativo deja de ser neutro para convertirse en mecanismo deliberado de reproducción ideológica.

En el plano de los medios, la estrategia combina represión del pluralismo y producción masiva de contenidos: leyes sobre «agentes extranjeros», presión sobre medios independientes, cooptación de cadenas y promoción de un oligopolio informativo permiten que la narrativa oficial alcance a grandes audiencias (Khodorkovsky, 2023, p. 218). Paralelamente, la maquinaria estatal produce documentales, programas culturales y campañas en redes sociales que, más allá de la censura, intentan saturar y moldear percepciones mediante técnicas de emotividad y repetición. Peter Pomerantsev ha descrito cómo la propaganda contemporánea emplea métodos de confusión y saturación informativa para crear un entorno donde la desinformación y la narrativa oficial se alimentan mutuamente, generando resignación o adhesión (Pomerantsev, 2019, partes 1 y 2). Anne Applebaum y Timothy Snyder muestran la simetría entre esta propaganda interna y las operaciones externas de influencia, con tácticas diseñadas tanto para debilitar la credibilidad de adversarios como para construir una hegemonía interpretativa (Applebaum, 2020, cap. 4; Snyder, 2018 B, caps. 5 y 6).

Esta colaboración entre los medios de comunicación y el sistema educativo ha tenido un efecto significativo: una parte notable de la población interioriza la versión estatal del pasado y del presente, mientras que otra parte desarrolla cinismo o recurre a fuentes alternativas (Laruelle, 2020, p. 106-107; Laruelle, 2021, pp. 145-146). La capacidad del Estado para controlar el espacio universitario y cultural, mediante la cooptación de académicos, la cancelación de proyectos potencialmente críticos y la regulación financiera, refuerza esta hegemonía del relato oficial. Sin embargo, la existencia de nichos informativos, el activismo de la diáspora y las redes digitales alternativas introducen fronteras a la uniformidad, lo que convierte la batalla por la interpretación en un terreno competitivo y no totalmente cerrado (Porokhovoi, 2025, p. 41; Khodorkovsky, 2023, cap. 18, párr. 1).

7.4 La percepción del régimen entre la población

La recepción social del paquete ideológico es compleja y dependiente de condiciones materiales. El apoyo a la figura de Putin y la aceptación de la narrativa oficial coexisten con frustraciones económicas, desigualdad y desconfianza hacia las instituciones. El concepto de “consenso de estabilidad” (Hill y Gaddy, 2015, cap. 9) ayuda a entender por qué amplios sectores toleran la restricción de libertades a cambio de orden, previsibilidad y acceso a recursos públicos, un fenómeno que la literatura académica también define como el «pacto autoritario» (Loftus, 2018, p. 212). Levitsky y Way explican cómo los regímenes híbridos mantienen la legitimidad mediante una mezcla de rituales formales y prácticas de cooptación selectiva (Levitsky y Way, 2010, caps. 1 y 2). La adhesión social no es uniforme: los territorios dependientes del sector público, las

poblaciones de mayor edad y los segmentos con menor acceso a medios alternativos muestran mayor conformidad, mientras que la población más joven y urbana, los profesionales y las clases medias con mayor acceso a fuentes alternativas de información exhiben un mayor escepticismo y disposición a la disidencia (Porokhovoi, 2025, p. 41). Esta era la base principal de opositores, en particular del movimiento de Alexéi Navalny (Semenov, 2020, sec. «The Campaign», párr. 3), y la principal demográfica presente en las protestas que siguieron a la invasión de Ucrania en 2022, las cuales fueron duramente reprimidas y sofocadas en las semanas iniciales del conflicto, evidenciando que la juventud es “la parte menos confiable de la población desde el punto de vista del régimen y la que menos apoya la guerra”⁹.

Las operaciones exteriores (Georgia en 2008, Crimea en 2014 y la invasión a escala total de Ucrania en 2022) han tenido efectos ambivalentes en la opinión pública: los logros simbólicos o tácticos refuerzan temporalmente la percepción de eficacia y restauración, pero los costes materiales y humanos prolongados (sanciones, inflación y en especial las pérdidas humanas) erosionan la tolerancia y amenazan cada vez más con minar la legitimidad si se diseminan sensiblemente por amplios sectores (Sonin, 2024, pp. 2-3). En la práctica, la sostenibilidad del consenso depende de la capacidad del Estado para traducir la narrativa en bienestar y orden perceptibles: mientras esta conversión funcione, la ideología operará como una tecnología eficaz de gobierno. Si falla, la fragilidad del apoyo amenaza con hacerse evidente y la ideología podrá perder fuerza como sustituto de resultados concretos, lo que obligaría al régimen a recrudecer su deriva autoritaria (Khodorkovsky, 2023, p. 4; Loftus, 2018, p. 222).

CAPÍTULO 8

CONCLUSIONES

El objetivo de este trabajo era analizar, explicar y desentrañar la matriz ideológica que ha guiado al poder ruso desde la llegada de Vladimir Putin. La columna ideológica del régimen se trata de una amalgama de fascismo cristiano extraída de los escritos de Iván Ilyin, de eurasianismo y a menudo de ideas pseudocientíficas como las de Gumilev, réplicas de realismo schmittiano y repertorios simbólicos que tratan de glorificar y emular un retorno al pasado imperial de Rusia (el águila bicéfala, la idea del Russkiy Mir, la exaltación de la Gran Guerra Patriótica, etc.) cuyo objetivo ha sido cultivar un ferviente nacionalismo que llenase el vacío ideológico dejado por el

⁹ Laruelle, como se cita en *West labels Russia a fascist menace*, 2022, párr. 2.

colapso del bloque comunista. A lo largo de este trabajo se han reconstruido las fuentes intelectuales y como estas se han manifestado y han influenciado las prácticas políticas y militares del Kremlin, analizando sus efectos en la legitimidad interna de Rusia Unida y de Putin y en la proyección internacional de Moscú, culminando en la invasión a gran escala de Ucrania que ha devuelto la guerra abierta entre estados a la Europa del Siglo XXI.

La guerra en ucrania, particularmente su evolución durante el último año, ha puesto a prueba de forma extrema la coherencia entre el discurso, la propaganda y la capacidad material real sobre la que se asienta el putinismo, después de que la operación militar especial para “desnazificar” Ucrania que apenas duraría unas semanas como mucho se haya enquistado hasta sobrepasar su cuarto año, dejando cientos de miles de bajas y llevando a ambos países al límite de sus fuerzas. Sin embargo, parece que la guerra asimétrica y la necesidad de Ucrania de reducir al mínimo sus bajas les ha convertido en pioneros en la guerra del futuro, lo que está cambiando el curso del conflicto. La proliferación de ataques con drones en suelo ruso contra infraestructuras petrolíferas ha hecho estragos en la capacidad de Rusia de capitalizar la subida de los combustibles fósiles causada por la guerra en Irán y seguir reduciendo el impacto de las sanciones. Episodios como la lluvia de petróleo en la ciudad de Tuapse o videos de contingentes rusos rindiéndose ante drones operados por soldados ucranianos a kilómetros del frente envían un mensaje claro. Pese al bochorno al que el presidente Trump sometió a Zelensky en la Casa Blanca y a las buenas relaciones de su administración con el Kremlin, y a sus promesas de acabar con la guerra (cediendo ante Rusia), parece que Ucrania sí que tiene las cartas. La narrativa de una victoria rusa inevitable ya es cosa del pasado.

A todo esto, hay que sumarle la pérdida de proxys por parte de Rusia. Bashar Al-Assad ha retomado la odontología en Moscú tras el colapso de su régimen en Siria. Armenia, donde hace unos días se organizó la cumbre de la Comunidad Política Europea, ha visto que la órbita rusa no es tan segura como parecía después de que Rusia no moviera un dedo para protegerla de Azerbaiyán. Venezuela ha sido sometida por EEUU después de la extracción de Maduro por parte de la administración Trump. Viktor Orban, que hasta hace poco había actuado como su caballo de Troya en la UE ha sido derrotado en las elecciones de este año después de 16 años en el poder en Hungría. Y mientras tanto, Rusia se vuelve cada vez más dependiente de la nueva superpotencia revisionista: China. Todo el entramado que Rusia había construido a lo largo de las últimas dos décadas para proyectar su poder en la escena internacional y reclamar su estatus de superpotencia se está desmoronando.

Sin embargo, todo esto no quita que el drama humanitario al que se encuentra sometida Ucrania desde 2022 es algo en lo que Europa tiene una gran parte de responsabilidad. Decisiones y omisiones acumuladas durante décadas, como la tibieza ante la invasión de Georgia en 2008 o la

anexión de Crimea en 2014. Probablemente lo más claro sean las inversiones y acuerdos energéticos con Rusia, como la construcción del Nordstream en el Báltico, y la dependencia alemana del gas ruso que Merkel tanto apoyó durante su larga cancillería y que tanto condicionaría la respuesta europea cuando llegó la invasión. Todo esto después de dos invasiones a estados soberanos e incontables intentos de subversión y desestabilización soterrados por parte del Kremlin, financiando partidos y movimientos radicales en toda Europa hasta hoy, llevando acabo ciberataques periódicos contra miembros de la UE más de una década antes de la invasión de Ucrania y utilizando técnicas cada vez más autoritarias para sofocar cualquier conato de oposición interna.

Todo esto era algo que desde Europa podría haberse visto venir. Se podrían haber analizado las raíces ideológicas, las técnicas autoritarias, la retórica, los objetivos y la forma de entender la historia y las relaciones internacionales del Kremlin para darnos cuenta del peligro inminente, un peligro del que académicos como Timothy Snyder y llevaban años avisando. En vez de eso, tuvimos un mundial en Rusia, dependencia energética y un blanqueo de un régimen que ya había violado flagrantemente la soberanía de dos de sus vecinos. La compra masiva de hidrocarburos a Rusia, especialmente por parte de Alemania en los últimos años, no sirvió más que para aumentar la inmensa concentración de riqueza y recursos en manos de la oligarquía rusa y acelerar la degradación de las pocas instituciones democráticas que quedaban en el país a lo largo de lo que llevamos de siglo. De escalar el conflicto más allá de las fronteras de Ucrania y de Rusia, ahora que el tabú de la agresión interestatal directa se ha roto definitivamente en pos de un ideal neo-fascista, sería de recibo que las futuras generaciones condenen a Schroeder y Merkel a compartir página con Chamberlain en los libros de historia.

BIBLIOGRAFÍA:

Applebaum, A. (2020). *Twilight of democracy: The seductive lure of authoritarianism*. Doubleday. [Edición en PDF].

Auer, S. (2015). "Carl Schmitt in the Kremlin: The Ukraine crisis and the return of geopolitics". *International Affairs*, 91(5), 953-968

Barbashin, A. (2018, 20 de abril). Ivan Ilyin: A Fashionable Fascist. Riddle Russia. <https://ridl.io/ivan-ilyin-a-fashionable-fascist/>

- Barbashin, A., & Thoburn, H. (2014). *Putin's Brain: Alexander Dugin and the Philosophy Behind Putin's Invasion of Crimea*. Foreign Affairs.
- Barbashin, A., & Thoburn, H. (2015). *Putin's Philosopher: Ivan Ilyin and the Ideology of Moscow's Rule*. Foreign Affairs. <https://www.foreignaffairs.com/articles/russian-federation/2015-09-20/putins-philosopher>
- Begović, B. (2022). [Review of the book *Not One Inch: America, Russia, and the Making of Post-Cold War Stalemate*, by M. E. Sarotte]. *Anali Pravnog fakulteta u Beogradu*, 70(3), 887–909.
- Budraitskis, I. (2022). *Dissidents Among Dissidents: Ideology, Politics and the Left in Post-Soviet Russia*. Verso Books.
- Cornell, S. E., & Starr, S. F. (Eds.). (2009). *The guns of August 2008: Russia's war in Georgia*. M. E. Sharpe. [Edición en PDF]
- Dugin, A. (1997). *Fundamentos de la geopolítica*. [Edición digital].
- Dugin, A. (2017). *Teoría del mundo multipolar*. [Edición digital].
- Dugin, A. (2012). *The fourth political theory*. Eurasian Movement. [Edición digital]
- Fellows, G. S. (2018). "The Foundations of Aleksandr Dugin's Geopolitics: Montage Fascism and Eurasianism as Blowback" [Tesis de maestría, University of Denver]. Digital Commons @ DU. <https://digitalcommons.du.edu/etd/1516>
- Fukuyama, F. (1989). *El fin de la historia*. (Traducción del artículo original publicado en *The National Interest*). [Edición en PDF].
- Galeotti, M. (2019). *We need to talk about Putin: Why the West gets him wrong*. Ebury Press.
- Gumilev, L. N. (1990). *Ethnogenesis and the Biosphere of Earth* (V. Novikov, Trad.). Progress Publishers. (Obra original publicada en 1989)
- Gumilev, L. N., & Ermolaev, V. Iu. (1992). *Gore ot illiuzii [El dolor de las ilusiones]*. *Vestnik vysshei shkoly (Alma Mater)*, 7-9, 174-187.
- Hill, F., & Gaddy, C. G. (2015). *Mr. Putin: Operative in the Kremlin* (Ed. nueva y ampliada). Brookings Institution Press.
- Illarionov, A. (2009). The Russian leadership's preparation for war, 1999–2008. En S. E. Cornell & S. F. Starr (Eds.), *The guns of August 2008: Russia's war in Georgia* (pp. 49-84). M. E. Sharpe.
- Introigne, M. (2023). "The Myth of a Russia Besieged by "Cults": From Ivan Ilyin to the Russian FECRIS' Campaigns Against Scientology". *The Journal of CESNUR*, 7(6), 19-33.
- Jiménez Segado, C. (2005). Carl Schmitt y el Derecho Internacional del Reich. *Revista de Estudios Políticos (nueva época)*, (127), 323-336.
- Karaganov, S. (2014, 1 de diciembre). "2014: Interim results". Sergey Karaganov. <https://karaganov.ru/en/2014-interim-results/>
- Khodorkovsky, M. (2023). *Kak ubit' drakona? Posobie dlya nachinayushchikh revolyutsionerov [¿Cómo matar a un dragón? Manual para revolucionarios principiantes]*. Publicación independiente. <https://dragonbook.khodorkovsky.com/>

- Krishnan, A. (2019). "The Neglected Dimension of Ideology in Russia's Political Warfare Against the West". *Global Security and Intelligence Studies*, 4(2), 25-35.
- Kytöneva, S. (2025). "Ivan Ilyin's views on war and violence and their use among Russian religious and military audiences", 2005–2023. *Studies in East European Thought*, 77(6), 1227-1240. [<https://doi.org/10.1007/s11212-025-09714-0>]
- Laruelle, M. (2020). Accusing Russia of Fascism. *Russia in Global Affairs*, 18(4), 100-123.
- Laruelle, M. (2021). *Is Russia Fascist?: Unraveling Propaganda East and West*. Cornell University Press.
- Laruelle, M. (2008). *Russian Eurasianism: An Ideology of empire* (M. Gabowitsch, Trad.). Woodrow Wilson Center Press; Johns Hopkins University Press.
- Levitsky, S., & Way, L. A. (2010). *Competitive Authoritarianism: Hybrid Regimes after the Cold War*. Cambridge University Press.[Edición en PDF]
- Lewis, D. G. (2020). *Russia's New Authoritarianism: Putin and the Politics of Order*. Edinburgh University Press.
- Loftus, S. (2018). "Insecurity and the Rise of Nationalism: The Case of Putin's Russia - Keeper of Traditional Values" (Tesis doctoral). University of Miami.
- McFaul, M. (2018). *From Cold War to Hot Peace: An American Ambassador in Putin's Russia*. Houghton Mifflin Harcourt.
- Mendras, M. (2015). "The Rising Costs of Russia's Authoritarian Foreign Policy". En D. Cadier y M. Light (Eds.), *Russia's Foreign Policy: Ideas, Domestic Politics and External Relations* (pp. 80-96). Palgrave Macmillan.
- Nielsen, C. R. (2022). "Putin's dehumanizing discourses and the power of Ukrainian resistance and resilience". *Contemporary Ukrainian Studies*.
- Plokhyy, S. (2015). *The gates of Europe: A history of Ukraine*. Basic Books. [Edición en PDF]
- Pomerantsev, P. (2019). *This is not propaganda: Adventures in the war against reality*. Faber & Faber. [Edición en PDF]
- Porokhovoi, N. (2025). *Tracing the diffusion of Russian ideas in European politics*. Diva-Portal.
- Putin V. (2021). *Sobre la unidad histórica de los rusos y los ucranianos* [Ensayo]
- Regenbrecht, J. (2025, 6 de marzo). "Im Schatten von Carl Schmitt: Putins und Trumps Ideen zur Aufteilung Europas". Institut für Sozialstrategie. Recuperado de: [<https://institut-fuer-sozialstrategie.de/2025/03/06/im-schatten-von-carl-schmitt-putins-und-trumps-ideen-zur-aufteilung-europas/>]
- Sarotte, M. E. (2021). *Not One Inch: America, Russia, and the Making of Post-Cold War Stalemate*. Yale University Press.
- Schmitt, C. (1991). *El concepto de lo político* (R. Agapito, Trad.). Alianza Editorial. (Obra original publicada en 1932).
- Schmitt, C. (2006). *Legalidad y legitimidad* (C. Monereo Atienza, Trad; J. L. Monereo Pérez, Ed.). Editorial Comares. (Trabajo original publicado en 1932).

- Schmitt, C. (1985). *Political Theology: Four Chapters on the Concept of Sovereignty* (G. Schwab, Trad.). The MIT Press. (Obra original publicada en 1922).
- Schmitt, C. (1966). *Teoría del partisano. Acotación al concepto de lo político* (A. Schmitt de Otero, Trad.). Instituto de Estudios Políticos. (Obra original publicada en 1963).
- Schmitt, C. (1985). *The Crisis of Parliamentary Democracy* (E. Kennedy, Trad.). The MIT Press. (Obra original publicada en 1923).
- Schmitt, C. (1952). *Tierra y mar* (R. Fernández-Quintanilla, Trad. Revisada). (Trabajo original publicado en 1942).
- Schmitt, C. (2009). *Völkerrechtliche Großraumordnung mit Interventionsverbot für raumfremde Mächte: Ein Beitrag zum Reichsbegriff im Völkerrecht*. Duncker & Humblot. (Obra original publicada en 1939).
- Semenov, A. (2020). "Team Navalny and the Dynamics of Coercion: The Kremlin's Reaction to Aleksei Navalny's 2018 Presidential Campaign". PONARS Eurasia Policy Memo, No. 655.
- Sherr, J. (2009). The implications of the Russia-Georgia war for European security. En S. E. Cornell & S. F. Starr (Eds.), *The guns of August 2008: Russia's war in Georgia* (pp. 196-224). M. E. Sharpe.
- Itzkowitz Shiffrinson, J. R. (2016). "Deal or no deal? The end of the Cold War and the U.S. offer to limit NATO expansion". *International Security*, 40(4), 7–44.
- Snyder, T. (2018). "Ivan Ilyin, Putin's Philosopher of Russian Fascism". *The New York Review of Books*. [<https://www.nybooks.com/daily/2018/03/16/ivan-ilyin-putins-philosopher-of-russian-fascism/>]
- Snyder, T. (2018). *The Road to Unfreedom: Russia, Europe, America*. Tim Duggan Books. [Edición en PDF]
- Sonin, K. (2024). "Modern Imperialism and the Origins of the Russia-Ukraine War" (Working Paper No. 2024-115). Becker Friedman Institute for Economics, University of Chicago
- Torbakov, I. (2019). 'Middle Continent' or 'Island Russia': Eurasianist Legacy and Vadim Tsymburskii's Revisionist Geopolitics. En *Eurasianism and the European Far Right*.
- Trubetskoy, N. S. (2023). *Europe and mankind* (A. Trubetskoy, Trad.). Sasha Trubetskoy. (Obra original publicada en 1920).
- Umland, A. (2007). Alexander Dugin, the Issue of Post-Soviet Fascism, and Russian Political Discourse Today. *Russian Analytical Digest*, 14, 2-4.
- "West labels Russia a fascist menace, but experts say that's wrong and damaging." (2022). Courthouse News Service. [<https://www.courthousenews.com/west-labels-russia-a-fascist-menace-but-experts-say-thats-wrong-and-damaging/>]

